

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 489

BARCELONA

NOVIEMBRE 1971

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

LA FIESTA DE CRISTO REY INSTITUIDA CONTRA EL LAICISMO
(Enc. Quas primas y Misericordissimus Redemptor)

EL ACTO DE LA CONSTITUCION DEFINITIVA DEL REINO DE CRISTO

Roberto Cayuela, S. I.

EL DOCTORAT DE TERESA D'AVILA I CATERINA DE SENA

B. Guasp, Pr.

EL POEMA DE LA CAIDA DE BABILONIA

(del libro del Profeta Isaías)

LA CONDENACION DE BABILONIA LA GRANDE

(del libro del Aposolipsis de S. Juan)

LLAMADA DE ATENCION SOBRE LOS ERRORES DIFUNDIDOS EN NOMBRE DE UN FALSO PROFETISMO

Antonio Pacios, M. S. C.

CUANDO NO ES POSIBLE CONTEMPORIZAR

M. M. Domènech

COMO MUEREN LAS MADRES CRISTIANAS

José Ricart Torrens, Pbro.

EL PODER DE LAS TINIEBLAS

Fr. Antonio de Lugo, O. S. H.

IRLANDA-LA TRAGEDIA SIN REMEDIO

Un Discipulo

PARA HONRAR, AMAR, REVERENCIAR Y APROVECHARSE DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

RETÉN LO QUE TIENES, NO SEA QUE OTRO SE LLEVE TU CORONA

(Apoc. 3, 11)

LA FIESTA DE CRISTO REY INSTITUIDA CONTRA EL LAICISMO

Si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello provereemos también a las necesidades de los tiempos presentes y pondremos un remedio efficacísimo a la peste que hoy infecciona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo* con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, Venerables Hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas, y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios.

Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en nuestra encíclica *Ubi arcano*, y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento de la paz; las codicias desenfadadas que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias, y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad.

LA FIESTA DE CRISTO REY

Nos anima, sin embargo, la dulce esperanza de que la fiesta anual de Cristo Rey, que se celebrará en seguida, impulse felizmente a la sociedad a volverse a nuestro amadísimo Salvador. Preparar y acelerar esta vuelta con la acción y con la obra, sería ciertamente deber de los católicos; pero muchos de ellos parece que no tienen en la llamada convivencia social ni el puesto ni la autoridad que es indigno les falten a los que llevan delante de sí la antorcha de la verdad. Estas desventajas quizá proceden de la apatía y timidez de los buenos, que se abstienen de luchar o resisten débilmente; con lo cual es fuerza que los adversarios de la Iglesia cobren mayor temeridad y audacia. Pero si los fieles todos comprenden que deben militar con infatigable esfuerzo bajo la bandera de Cristo Rey, entonces inflamándose en el fuego del apostolado, se dedicarán a llevar a Dios de nuevo los rebeldes e ignorantes, y trabajarán animosos por mantener incólumes los derechos del Señor.

Además, para condenar y reparar de alguna manera esta pública apostasía, producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey entre todas las gentes? En verdad, cuanto más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, en las reuniones internacionales y en los Parlamentos, tanto más alto hay que gritarlo, y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad.

CONTINÚA UNA TRADICIÓN

Y quién no echa de ver que desde fines del siglo pasado se preparaba maravillosamente el camino a la institución de esta festividad? Nadie ignora cuán sabia y elocuentemente fue defendido este culto en numerosos libros publicados en gran variedad de lenguas y por todas partes del mundo; y asimismo que el imperio y soberanía de Cristo fue reconocido con la piadosa práctica de dedicar y consagrar casi innumerables familias al Sacratísimo Corazón de Jesús. Y no sólo se consagraron las familias, sino también ciudades

y naciones. Más aún, por iniciativa y deseo de León XIII, fue consagrado al Divino Corazón todo el género humano, durante el Año Santo de 1900.

(De la *Encíclica Quas primas* de Pío XI.)

LA CONSAGRACIÓN

Y puesto que, en los pasados tiempos y aun en los mismos nuestros, por intrigas de los impíos se ha llegado a rehusar el imperio de Cristo Señor Nuestro y a mover oficialmente guerra a la Iglesia, dando leyes y promoviendo plebiscitos contrarios al derecho divino y natural, y aun celebrando asambleas de los que clamaban *No queremos que éste reine sobre nosotros* (Lc., XIX, 14); en verdad, de la consagración, que hemos dicho, como que brotaba con ímpetu una sola frase de todos los devotos del Sacratísimo Corazón y se oponía vehementísimamente para vengar su gloria y afirmar sus derechos: *Es menester que Cristo reine* (I Cor., XV, 25); *Venga tu reino*. Por lo cual el género humano entero, que Cristo, único en que se recapitulan todas las cosas (Eph., I, 10), posee como suyo por derecho natural, fue por fin, con aplauso de todo el orbe, felizmente consagrado, al principio de este siglo (13), por Nuestro predecesor de f. r. León XIII, al mismo Sacratísimo Corazón.

5. Mas Nos mismo, accediendo a los perseverantes y grandísimos deseos de Obispos y fieles, con la gracia de Dios dimos impulso y realizamos cumplidamente estos tan faustos y gratos principios, como manifestamos en nuestra Carta Encíclica *Quas Primas*, cuando, al fin del año expiatorio, instituímos la fiesta de Cristo Rey universal, para que fuese celebrada solemnemente en todo el mundo cristiano. Al hacer lo cual, no sólo pusimos de manifiesto el supremo poder que Cristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada uno de los hombres, sino también saboreamos ya de antemano los goces del día soberanamente fausto en que el orbe entero obedecerá de todo corazón al suavísimo dominio de Cristo Rey.

(De la *Encíclica Miserentissimus Redemptor* de Pío XI.)

El acto de la constitución definitiva del Reino de Cristo

Siempre es sumamente oportuno y fundamentalmente provechoso traer a la memoria, para tenerlo muy presente, el hecho trascendental de la constitución divina que Cristo dio a su Iglesia, o, lo que es lo mismo, al Reino de Dios en la tierra, que el mismo Divino Salvador vino a fundar entre los hombres, para la eterna salvación de todos; y de hecho lo dejó fundado, establecido y perfectamente constituido, antes de su gloriosa Ascensión a los cielos. Por eso, y con toda propiedad, el Reino de Dios en la tierra se llama también el Reino de Cristo.

Pero en los tiempos actuales es mucho más oportuno y necesario tener presentísima la constitución divina de este Reino de Cristo, la Iglesia; ya que son muchos, por desgracia, los que la tienen olvidada o prácticamente la desconocen; y aún hay, por mayor

desgracia, quienes, hasta dentro de la Iglesia, la atacan en variadas formas, e intentan prescindir de ella, o cambiarla y aun demolerla.

Por todo esto, y con ocasión de la Fiesta de Cristo-Rey, que en el nuevo Calendario litúrgico no se celebra ya el último Domingo de Octubre, el anterior a la Festividad de Todos los Santos, sino el Domingo último del Año Litúrgico, como excelso final y sublime coronamiento de todo él; deseamos recordar en este artículo el Acto de la constitución definitiva del Reino de Cristo, exponiendo antes, conforme al Evangelio, los pasos o etapas con que el mismo Divino Rey hizo la preparación paulatina de aquel memorable Acto; y añadiendo después cómo el Reino de Cristo fue manifestado públicamente y maravillosamente inaugurado el día de Pentecostés, según la constitución que Cristo le había dado.

I. — LA PREPARACIÓN

Desde los comienzos de la vida pública de Jesús, a sus treinta años, nos lo muestra el Evangelio invitando y llamando a todos, sin excepción, para que entren en el Reino de Dios, “que ya va a llegar”. Cuantos lo acepten, y quieran entrar en él, para su eterna salvación, se han de disponer por la sincera conversión a Dios, y se han de adherir a Jesús por la fe, el amor y el seguimiento de Él; así pertenecerán al Reino de Dios en la tierra, preparación para el Reino eterno de Dios en el cielo.

Pero juntamente los Evangelistas ponen singular empeño en hacernos ver cómo Jesús, desde los comienzos de su ministerio apostólico, se dedica a buscar determinadas personas, con quienes bien se ve que quiere contar para su plan jerárquico en la constitución de su Reino. La ejecución del plan es gradual y lenta, pero a la vez decidida y con admirable orden.

He aquí los principales pasos.

Comienza Jesús atrayéndose sus primeros discípulos; en los que Él había puesto los ojos con amor de predilección, porque tenía el designio de hacerles partícipes de sus poderes, y así formar con ellos y sus sucesores la Jerarquía de su Iglesia, de su Reino.

Y ¡con qué suavidad y delicadeza lo hace! Les invita a que le sigan, aunque no todavía de una manera definitiva; pero sí para que sean sus discípulos predilectos, y les vaya formando según su divino plan.

Son Andrés y Juan los primeros; poco después Simón, Felipe y Bartolomé. El mismo San Juan, en su ancianidad, relata las escenas como si las estuviera reviviendo; ¡tan al vivo las describe! (In., 1, 35-51).

Ya entonces anuncia a Simón que se llamará Pedro, o “Roca”; y con todo esto esboza Jesús prácticamente su plan. Tal es el primer paso.

LLAMADA DEFINITIVA

El segundo fue la vocación o llamamiento de los futuros Apóstoles, para que, dejadas todas las cosas, familia, mujer, ocupaciones temporales, le sigan a Él sólo. Con ellos forma su familia espiritual y apostólica. Fue esto con ocasión de la primera pesca milagrosa en el lago de Genesareth, o mar de Galilea. Los llamados entonces fueron Simón Pedro y Andrés, su hermano; y enseguida los otros dos hermanos Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Y ya en aquella memorable ocasión, les abre el luminoso horizonte de su vocación

al apostolado, con Jesús mismo y como futuros continuadores de su obra: “*Seguidme a Mí, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres*” (Mt., 4, 18). Los demás hombres, en todos los siglos, serán como peces que han de ser sacados del mar, para tener una nueva vida; pero los discípulos serán los que los han de pescar, para llevarlos a Jesús, camino, verdad y vida. Ya quedan delineadas las dos partes del Reino de Cristo: la Jerarquía y los fieles. Poco a poco irá puntualizando Jesús esta distinción esencial en su Rei-

no, y la irá señalando con rasgos inconfundibles. Mientras tanto va llamando a los que van a formar pronto el Colegio Apostólico.

Más importante aún es el tercer paso: la elección de los Apóstoles. Tenía ya Jesús muchos discípulos; pero "de entre ellos, escogió doce, a los cuales dio el nombre de Apóstoles, o Enviados" (Lc., 6, 12). "*Llamó a Sí a aquéllos de sus discípulos que le plugo; y de ellos escogió doce para que viviesen con Él y para enviarles a predicar*" (Mc., 3, 13-14).

Más no lo hizo sin antes haberse retirado la tarde anterior, al anochecer, a una montaña, donde pasó la noche en oración. Tuvo aquella larga y ferviente oración un carácter extraordinario, por cuanto en ella quiso disponerse Jesús, en íntima conversación con el Padre, para lo que había de hacer la mañana siguiente; el hecho de suma importancia de la elección de los doce Apóstoles. En realidad, esta elección importaba nada menos que la fundación de la Jerarquía en su Reino. Iba a reunir, ordenar y organizar los elementos hasta entonces dispersos e inseguros de sus discípulos; y de entre los que le habían seguido con más constancia y adhesión, los que en concreto el Padre Celestial le había escogido, iba a recibirlos de manos

MISIÓN DE LOS APÓSTOLES

Algún tiempo después quiso Jesús que sus doce Apóstoles preludiasen el ejercicio de las excelsas funciones a que les había destinado; y así lo hizo en lo que se llama "la Misión de los Apóstoles". "*Habiendo convocado a los doce Apóstoles, les dio poder y autoridad sobre los demonios, y virtud de curar las enfermedades; y los envió a predicar al Reino de Dios, y a dar salud a los enfermos*" (Lc., 9, 1-2). Los tres Evangelistas sinópticos refieren este importante hecho con todas sus circunstancias; es decir, con las instrucciones que Jesús les dio, y el modo con que ellos procedieron. Con esto quiso demostrar Jesús, ante todo el pueblo y para los tiempos sucesivos, que poseía Él la plenitud de la potestad apostólica, cuya fuente es Él mismo; que era dueño de ejercerla por sí mismo y de comunicarla a otros; y que de hecho la comunicaba, mas no democráticamente al pueblo de su Reino, sino a los que Él se había escogido para formar la Jerarquía.

En este misterio de la misión de los Apóstoles vemos el incipiente Reino de Cristo, no sólo en su organización jerárquica, sino también en su acción, con su fin, sus medios, su espíritu y los dones con que Cristo la ha enriquecido.

Todavía es más trascendental la promesa del Primado. Fue a los comienzos del tercer año de la vida pública de Jesús; sucedió en el territorio de Cesarea

del Padre, iba a hacer de ellos los fundamentos de su Iglesia, y con ello quedaría diseñado el plan constitutivo de su Reino. Y así lo hizo, antes de proclamar las Bienaventuranzas de su Reino, y de tener el Sermón de la montaña.

La sabiduría y bondad del Salvador resplandeció soberanamente en aquel hecho. Ya entonces escogió sus Representantes entre los hombres; porque su Reino, que había de constar de hombres y desarrollarse en el seno de la gran familia humana, debía también ser enseñada, santificada y regida, por hombres, que recibiendo de Cristo una especial participación de sus poderes de Maestro, Sacerdote y Rey-Pastor, conservasen, propagasen y defendiesen el mismo Reino de Cristo. Por eso, Jesús confiere a los Apóstoles, a ellos y no al Pueblo fiel, la dignidad de enviados suyos, y les reviste de sus propios poderes; lo cual irá determinando y concretando cada vez más en lo sucesivo, hasta poco antes de su Ascensión a los Cielos. Como los doce Patriarcas del Antiguo Testamento, así los doce Apóstoles habían de ser, en la Nueva Alianza, los depositarios y custodios de la revelación de Cristo, y los dispensadores de su divina gracia, para la salvación eterna de los hombres.

de Filipo; y precedió la admirable confesión de san Pedro, con la cuál, iluminado por la inspiración del Padre celeste, reconoció y proclamó que Jesús de Nazaret era no sólo el Mesías prometido y esperado, el Cristo, sino también el Hijo de Dios vivo. Confesó Pedro la divinidad de Jesús. Tras esto, las magníficas palabras con que Jesús, primeramente, cumplió a Simón lo que antes le había anunciado, y le dio el nombre de Pedro, o "Roca" en su Iglesia; después de lo cual, le prometió solemnemente el Primado en su Reino; porque el Reino de Cristo no solamente debía de ser jerárquico, sino también monárquico; y así, un solo hombre, al que Cristo confierese todos sus poderes en su más alto grado y en toda su plenitud, debía enseñar, santificar y regir con suprema autoridad a los demás miembros de la Jerarquía y a todo el Pueblo de Dios.

Fue, pues, un paso decisivo en la fundación de la Iglesia y en la constitución que Jesús le iba dando. No le fue aún dado entonces a Pedro el Primado; pero se lo prometió Jesús, para conferírsele más tarde; pero ya en aquella solemne ocasión expresó Jesús clara y formalmente la naturaleza del Primado en su Reino, su significado y su extensión, como también su perenne duración, a pesar de "los poderes del infierno", que no podrían nunca prevalecer contra él ni contra la Iglesia.

APOSTOLADO DE LOS SEGLARES

De singular relieve es en el Evangelio, y como un nuevo paso en la constitución del Reino de Cristo, la elección y misión de los 72 discípulos. La refieren san Lucas (10, 1-24), y san Mateo (10, 23-29). Y tiene una notable importancia, pues con ella formó e instituyó Jesús un nuevo grado de la Jerarquía de su Reino, el de los cooperadores de los Apóstoles y después de los Obispos, el que se había de llamar más tarde el "Presbiterado", subordinado a los Obispos, y con una parecida vocación apostólica. Hombres, pues, elegidos, no por el Pueblo, sino por Jesús y por los que después habían de hacer sus veces: Pedro y los Após-

toles, el Papa y los Obispos. Fueron entonces los 72 discípulos, como en los siglos subsiguientes serían los Presbíteros, representantes de Cristo, asociados a su obra, porción escogida de la Jerarquía.

Pero así Pedro, los demás Apóstoles, y los 72 discípulos, como después el Papa, los Obispos y los Presbíteros, en tanto habían de ser representantes de Cristo, continuadores de su obra, revestidos de sus poderes y miembros de la Jerarquía de su Reino, en cuanto participasen el único, sumo y eterno Sacerdocio de Cristo.

EUCARISTÍA, SACRIFICIO, SACRAMENTO

Por esto, dio Jesús un nuevo paso, del todo trascendental, en la Última Cena, la víspera de su Sagrada Pasión; pues al instituir el Sacrosanto Misterio de la Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, fundó también el Sacerdocio católico. En efecto, no hay duda de que el Salvador, con sus palabras: "*Haced esto en memoria mía*" (Lc., 22, 19), constituyó a los Apóstoles y a los sucesores de ellos, sacerdotes de la Nueva Alianza. Así lo ha entendido y lo ha enseñado siempre la Iglesia, como lo consignó el Concilio de Trento (Sess. 22, cap. 1.º can. 2). Así, pues, Jerarquía y Sacerdocio, la una y el otro participación de Cristo, van indisolublemente unidos; y como Cristo nos redimió y nos salvó por su Sacerdocio, ejercitado en el Sacrificio de sí mismo, sacrificio de amor y de obediencia al Padre; así quiso que los continuadores de su obra de salvación y redención, los que tuviesen sus poderes de enseñar, santificar y regir, los ejercitasen precisamente como Sacerdotes suyos, y en cuanto tales, partícipes de su soberano y único Sacerdocio.

E hizo esto Jesús al instituir la Eucaristía, porque de la Eucaristía fluye, por decirlo así, toda potestad sacerdotal, cuya más alta función es el poder de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Toda otra

autoridad sobre el Cuerpo Místico de Cristo, o sea sobre los fieles, no es más que una extensión de aquella primera potestad sacerdotal, y a ella se refiere directamente.

Tras de todo esto, la noche triste y tormentosa de la Pasión; pero, al tercer día, el amanecer del día glorioso y eterno de la Resurrección de Jesús.

Y en la tarde misma de aquel gran día, un nuevo paso de Jesús para llegar a la definitiva constitución de su Reino.

"Aquel mismo día, primero de la semana, siendo ya tarde, y estando cerradas las puertas de la casa, donde se hallaban reunidos los discípulos, por miedo de los judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: la paz sea con vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor; el cuál les repitió: la paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros. Dichas estas palabras, exhaló hacia ellos el aliento, y les dijo: recibid el Espíritu Santo; quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes se los perdonaréis; y quedan retenidos a aquéllos a los que se los retuviéreis" (In., 19, 23).

CONSTITUCIÓN JERÁRQUICA PERFECTA

Gran paso también éste en el plan de Cristo, para llegar a dar a su Reino una constitución jerárquica perfecta; pues así como Él fue el enviado del Padre, para que siendo sumo y santísimo Sacerdote, ejercitase su Sacerdocio también perdonando los pecados, y en realidad fue siempre el gran perdonador; así envió a sus Apóstoles y a los sucesores de éstos, para que siendo ya sus sacerdotes, ejerciesen la función sacerdotal de perdonar los pecados. Y a este fin, les comunicó su potestad, para que lo hiciesen en nombre y con

la autoridad de Él. Y lo hizo infundiéndoles el Espíritu Santo, que es en la augusta Trinidad el Amor personal que une al Padre y al Hijo como en un abrazo y con un lazo de infinito Amor; para que la desunión con Dios que hace el pecado, a causa del egoísmo, o amor propio desordenado, la trocasen los Apóstoles y sus sucesores en dichosa unión con Dios, por verdadero y ordenado amor.

Mas no concedió Cristo esta potestad a la generalidad de los fieles, ni a ninguno de ellos en particular,

sino a los miembros de su Jerarquía, sacerdotes suyos, continuadores de su obra de reconciliación de los hombres con Dios.

Así, pues, en aquella aparición, prosiguió Jesús y fue completando la constitución de su Reino, mediante el don de la inteligencia de las divinas Escrituras (Lc., 24, 45), y la institución del Sacramento de la penitencia, el cual tan sólo los sacerdotes podían administrar (Con Trid., Sess. XIV, cap. 1, can. 2).

El último paso de esta sapientísima preparación, y sin duda el más importante y trascendental, lo dio Jesús Resucitado en su aparición a siete de sus Apóstoles, en la ribera del mar de Galilea.

Allí obró, primeramente, su significativo milagro de la segunda pesca milagrosa. Y allí fue, cuando, después de su triple intencionada e insinuante interrogación a Simón, hijo de Juan, de si le amaba a Él, y más que los otros, y tras la triple humilde y ardiente respuesta afirmativa de Pedro, le hizo supremo Jerarca de su Reino, y le confirió el Primado en su Iglesia, que le había anunciado y prometido en la región de

EL ACTO DE LA DEFINITIVA CONSTITUCIÓN DEL REINO DE CRISTO

Fue en la última aparición de Cristo Resucitado a sus Apóstoles, poco antes de su gloriosa Ascensión a los cielos; y tuvo lugar en una montaña de Galilea. La narran san Mateo (28, 16-20) y san Marcos (16, 15-18).

De suma importancia fue lo que hizo Jesús en aquella solemne aparición; pues en ella dio a sus Apóstoles, y de un modo terminante y definitivo, la plenitud de la autoridad eclesiástica, con la misión de ejercerla en todo el mundo.

Ante todo, fundamentó Jesús la legitimidad de aquella autoridad que les confería, recordando su origen y su naturaleza: *"Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra"* (Mt., ib. 18). Jesús poseía la plenitud del poder; y de consiguiente, la autoridad doctrinal, sacerdotal y regia, en toda la extensión del Reino de Dios; y no sólo poseía esta triple potestad, para ejercerla por si solo, sino que también podía delegarla, comunicarla. Este poder le pertenecía en propiedad, porque Él es el hijo de Dios y el Creador del mundo (In., 1, 10); este poder es su herencia, porque Él es el Hombre-Dios (Col., 115), y la adquirió (Hebr., 2, 10), la compró (1 Petr., 1, 19) con su Sangre, por su muerte, su Sacrificio plenísimo de amor y obediencia al Padre. En estos títulos, pues, se funda la delegación que hizo Jesús entonces a los Apóstoles.

En segundo lugar, Jesús fijó la extensión de esta

Cesarea de Filipo. Se lo confirió Jesús inequívoca y claramente; Primado de magisterio, de orden y de jurisdicción; pues le comunicó, y en el más alto grado, sus propios poderes divinos de enseñar, de santificar y de regir; ni tan sólo a los fieles de su Reino, designados por los corderos, sino también a los Obispos y Sacerdotes, figurados en las ovejas. Y esto, independientemente de toda otra potestad, ya de dentro, ya de fuera de la Iglesia. Había de ser Pedro el Vicario de Cristo, "el dulce Cristo en la tierra"; y lo mismo sus sucesores en la Sede de Roma.

La expresión "apacentar", de que usó Jesús, significa y comprende, en la Sagrada Biblia, la autoridad más alta y más completa. De ahí que la vida, el progreso, la acción y la eficacia de la Iglesia, lo mismo que su unidad, no se encuentra más que allí donde está Pedro y sus sucesores, los Papas. "Ubi Petrus, ibi Ecclesia".

Con todos estos admirables pasos, la preparación quedaba terminada, y era del todo completa. Era consumada en sabiduría, bondad y previsión, por parte del Divino Rey, el Buen Pastor.

autoridad apostólica que les confería. Esta autoridad es "su propio poder"; y lo explicó diciendo: *"Id, pues, y enseñad a todas las naciones; haced discípulos; bautizadlos (incorporadlos a mi Reino), en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñadles a observar todas las cosas que yo os he mandado (ib., 19)*. Les comunica, pues Jesús su autoridad doctrinal, su autoridad sacerdotal y su autoridad pastoral; toda la autoridad necesaria y conveniente para establecer en todas las naciones el Reino de Cristo, y para conservarlo y propagarlo, bajo la dirección suprema de san Pedro. Esta autoridad se extiende a todas las naciones (ib., 19), al mundo entero (Mc., 16, 15); y para siempre, mientras dure la economía actual, hasta el fin de los siglos; sus efectos se extienden hasta la eternidad (Mt., ib. 18, 20); y es un poder del todo independiente del poder temporal. Las fronteras de este vasto Reino ya no existen; el muro de separación que se abría entre los pueblos, lo mismo que el muro que se elevaba entre el cielo y la tierra, quedaron arrasados. El cielo y la tierra ya no son más que dos regiones de un mismo Reino.

Al conferir Jesús a los Apóstoles ésta su autoridad, les impuso el deber de ejercerla; así como obligó a todos los hombres a someterse a ella. Nadie está exceptuado; todo hombre es súbdito inmediato de este Reino de Cristo.

Por último, a esta investidura y esta misión, ña-

dió Jesús la recompensa y el castigo; por una parte, para los hombres todos, según que crean o no crean, la salvación o la condenación (Mc., 16, 17); y por otra parte, para los poseedores de tan sublime autoridad, y a fin de que la ejerciten según el Corazón de Cristo, la promesa de las gracias especiales que han de facilitar y garantizar su misión, tales como el poder sobre los demonios, la potestad para curar las enfermedades, el don de lenguas (Mc., ib.), y sobre todo, una asistencia particular del mismo Jesús, que nunca les ha de faltar (Mt., ib. 20), hasta que la Iglesia militante se transforme en la Iglesia triunfante (Cfr. Meschler, Med. sobre la vida de N. S. J. C., III, págs. 358-359).

Así dejó Cristo definitivamente completa la constitución divina de su Reino, la Iglesia; y todo conforme a su pensamiento y a su plan; porque para hacer Cristo de su Iglesia una sociedad perfecta, el Reino de Dios en la tierra, y un cuerpo sobrenaturalmente organizado, (1 Cor., 12, 14), no quiso que todos formasen una democracia, con igualdad de derechos y deberes; una democracia en la que socialmente residiese la autoridad, y en la que el Pueblo la trasmitiese a determinadas personas, comenzando por escogerlas y hacerlas sus representantes: nada de eso. Y, lo que es lo mismo, no quiso Jesús comunicarse por igual y en la misma forma y medida a todos los miembros de su Cuerpo místico.

Así como Él es la Cabeza de su Cuerpo, la Iglesia, que en forma parecida a lo que sucede en el organismo humano, le da dirección, vida y fuerza; así también quiso Jesús que hubiese en la Iglesia representantes visibles de su dignidad y de sus funciones, elegidos por Él mismo y después por aquellos en quienes Él delegase esta potestad; y a quienes también Él mismo hiciese sus representantes, los ministros de su Magisterio, de su Sacerdocio y de su Realeza. Estos miembros especiales de su Cuerpo místico son los que forman la Jerarquía de la Iglesia, con el Papa a la cabeza. En ellos y por ellos la Iglesia no es tan sólo la Esposa de Cristo, sino también la Madre de todos;

no es tan sólo Iglesia discente, sino también docente; no es tan sólo santificada, sino también santificadora; no es tan sólo gobernada, sino que también reina y gobierna (Ephes., 1, 22; 4, 2; 1 Cor., 12, 17 y sgs. Y cfr. Meschler, ib., pág. 434).



LA MANIFESTACIÓN E INAUGURACIÓN, EL DÍA DE PENTECOSTÉS

Lo que Cristo fue preparando a lo largo de su vida pública, y lo dejó plena y definitivamente constituido en su última aparición a los Apóstoles, antes de su gloriosa Ascensión a los cielos, fue públicamente manifestado y maravillosamente inaugurado el día de Pentecostés.

En aquel grandioso día, el Espíritu Santo vino ostensiblemente sobre los Apóstoles, los discípulos, las santas mujeres y María, Madre de Jesús, en total unas ciento veinte personas, para completar, primeramente,

la antigua Ley e inaugurar la Ley nueva; también para manifestarse a Sí mismo, comunicarse a los que eran de Cristo, y entrar en el mundo redimido, como quien toma posesión de lo que Cristo había conquistado, el mundo entero; asimismo vino el Espíritu Santo para glorificar a Jesucristo, como Él lo había anunciado y prometido; pero, además de todo esto, descendió el Espíritu Santo para manifestar e inaugurar pública y solemnemente el Reino del Mesías, anunciado por los Profetas; el Reino de Cristo, el Reino de

Dios en la tierra; y todo esto, tal como el mismo Jesús se lo había declarado a los Apóstoles después de su Resurrección.

A este fin, y una vez que los Apóstoles quedaron llenos del Espíritu Santo, y acudió a donde ellos estaban congregados aquella gran muchedumbre de gentes de toda nación y pueblo, que relata san Lucas en los Hechos de los Apóstoles (2, 6 sgs.), infundió el mismo Espíritu Santo a san Pedro tal plenitud de luz divina y tan admirable firmeza y valor sobrenatural, que ante aquella ingente multitud dijo clara y terminantemente lo que el mismo Divino Espíritu le inspiraba, como a primer Vicario de Cristo. A saber:

Manifestó san Pedro que era preciso abolir lo que de la antigua Ley era ya caduco y contrario a la Ley nueva; que el paganismo quedaba condenado por ser el imperio de Satanás; y que un nuevo orden de cosas, una nueva era comenzaba para el mundo entero. A este fin, declaró san Pedro que el bautismo en nombre de Jesús era obligatorio para la eterna salvación (Act. 2, 38); mostró a los príncipes y seguidores del mundo, en el advenimiento del Espíritu Santo, el principio del futuro juicio (Act., 2, 19, 20); y por cuanto Jerusalén era la ciudad real del Mesías, el lugar de la revelación (Is., 60, 1), el santuario de la Ley y de la justicia (Is., 2, 31), era conveniente que la venida del Espíritu Santo fuera en aquella ciudad, de donde debían partir hacia todas las naciones del orbe los mensajeros del nuevo Reino (Act., 1, 8; Ps. 109, 3).

Pues bien, este Reino era el de Cristo, era la Iglesia; y el Espíritu Santo descendió sobre ella para darle vida y movimiento, dirección, ayuda divina y fecundidad perenne. Con la venida del Espíritu Santo, la Iglesia apareció en público por primera vez, con la organización que Jesús mismo le había dado, y bajo la dirección del Espíritu Santo, que desde entonces fue el Alma del Cuerpo Místico de Cristo.

Entonces fue cuando los Apóstoles empezaron a ejercer la autoridad doctrinal, sacerdotal y pastoral, que habían recibido de Cristo, pero que desde aquel primer momento y siempre las habían de ejercer con la unción del Espíritu Consolador. Entonces se revelaron los dones de la gracia, y las maravillas se multiplicaron (Act., 2, 4, 7, sgs., y 43). Entonces se manifestaron por vez primera la virtud victoriosa y la eficacia divina de la predicación apostólica, con la conversión de millares de almas y con el establecimiento de la primera comunidad cristiana, conforme en todo con la constitución que Cristo había dado a su Iglesia, lo cual puso a la vista asombrada de todos, judíos y gentiles, la belleza y la excelencia del nuevo espíritu que renovaba toda la tierra, por el desprendimiento de los bienes

terrenos, por la asiduidad y fervor de la oración, por la obediencia a la Jerarquía y la caridad mútua de todos los creyentes, que al alimentarse con frecuencia del Pan de vida en la Mesa Eucarística, se unían con Cristo y entre ellos mismos con maravillosa unión de verdadero amor. (Act., 2, 42-44 sgs.).

Todas estas admirables fuerzas, todas éstas hasta entonces inusitadas energías se pusieron en movimiento con la bajada del Espíritu Santo; continuaron luego obrando incesantemente; y su maravillosa eficacia, bajo la inspiración y moción del Espíritu de Amor, ha conseguido renovar y transformar el mundo.

Jesucristo fundó la Iglesia, y le dio su divina constitución espiritual, religiosa, sobrenatural, jerárquica y monárquica; y el Espíritu Santo le dio vida y movimiento. En este sentido, la Iglesia, que como Esposa de Cristo y Cuerpo místico suyo había nacido del Corazón traspasado del Redentor en la Cruz, nació, como Sociedad constituida, el día de Pentecostés.

Desde aquel luminoso día, el Espíritu Santo cuida de la conservación, de la dirección, de la expansión y del gobierno de la Iglesia, como lo había predicho el mismo Jesús (Jn., 14, 26; 16, 13). Es el Espíritu Santo el que vela por la pureza de su doctrina, por la saludable eficacia de los Sacramentos, y por la validez del poder de las llaves. La constante asistencia del Espíritu Santo hace infalible a la Iglesia en todo lo que es de fe y de costumbres e ilumina y sostiene a los Sucesores de Pedro y a toda la Jerarquía.

Armados por la fuerza divina del Espíritu Santo, impelidos y guiados por Él, los Apóstoles fueron a predicar por todas partes el mensaje de Cristo, el mensaje dichoso de la salvación para todos los hombres, "obrando con ellos el Señor, y confirmando sus palabras con milagros" (Mc., 16, 20). Todas las maravillas y todas las glorias de la Historia de la Iglesia no son más que el dichoso y continuado efecto de aquel advenimiento del Espíritu Santo, que bajó del cielo para manifestar e inaugurar la constitución divina que Cristo había dado a su Reino (Meschler, págs. 389-390).

Todo cuanto sencilla y modestamente acabamos de exponer, se funda, como bien se ha podido ver, en la palabra de Dios; más no interpretada según nuestro propio parecer y subjetiva opinión, de ninguna manera; sino conforme en un todo al sentir de la Iglesia, como Ella nos lo enseña en su Magisterio y en su Liturgia, singularmente en el Rito de la consagración de los Obispos y en el de la ordenación de los Presbíteros. Sea dado a Cristo-Rey, fundador de su Reino, todo honor y toda gloria; y sea siempre bien entendida, acatada y seguida la constitución divina que Él dio a su Iglesia.

ROBERTO CAYUELA, S.I.

El doctorat de Teresa d'Avila i Caterina de Sena

El Vaticà—¡oh cas inusitat,
de posconcili!—amb un gran gest s'abrina
per l'honrament sublim amb què ha exaltat
magistralment la prole femenina.

De l'Hagiografia sacro-santa,
en dos fulls blancs—blancor de lliri en flor—;
l'Església-Mare avui més abrillanta
dos noms preclars amb grosses lletres d'or.

El bon Pau sext, amb la seguretat
de profundes raons i alta doctrina,
de cara al món, proclama el Doctorat,
merescut, de Teresa i Caterina.

Pel bell triomf de sa Filla avilesa
Espanya se'n commou amb just orgull;
semblantment per sa Filla sienesa
Italia de pur gaudi també bull.

Lloança, doncs, amb viu aplaudiment,
recau damunt l'Orde carmelitana,
de totes parts. La rep conjuntament,
per un igual, l'Orde dominicana.

A grat scient
i abastament
cal cantar: Hossanna, hossanna!

B. GUASP, Pr.

Las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para

EL POEMA DE LA CAÍDA DE BABILONIA

(del libro del Profeta Isaías)

Baja y siéntate en el polvo,
virgen hija de Babel;
asiéntate en la tierra, que ya no tienes trono,
hija de los caldeos;
ya no te llamarán la delicada,
la voluptuosa.

Toma la muela y muele la harina,
aparta el velo, alza la falda,
muestra la pierna pasa los ríos,
al descubierto quede tu desnudez,
y hasta se vea tu ignominia.



que por la paciencia, y por la consolación de las escrituras, tengamos esperanza

LA CONDENACIÓN DE BABILONIA LA GRANDE

(del libro del Apocalipsis de S. Juan)

CAPÍTULO 17

Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo, diciéndome: Ven acá, y te mostraré la condenación de la grande ramera, la cual está asentada sobre muchas aguas:

Con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los que moran en la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.

Y me llevó en Espíritu al desierto; y vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja llena de nombres de blasfemia y que tenía siete cabezas y diez cuernos.

Y la mujer estaba vestida de púrpura y de escarlata y dorada con oro, y adornada de piedras preciosas y de perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano lleno de abominaciones, y de la suciedad de su fornicación.

Y en su frente un nombre escrito: MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS FORNICACIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.

Y vi a la mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé maravillado de grande admiración.

Y el Ángel me dijo: ¿Por qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos.

La bestia que has visto, fue, y no es; y ha de subir del abismo, y ha de ir a perdición: y los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se maravillarán viendo la bestia que era y no es, aunque es.

Y aquí hay mente que tiene sabiduría. Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se asienta la mujer.

Y son siete reyes. Los cinco son caídos; el uno es, el otro aún no ha venido; y cuando viniere, es necesario que dure breve tiempo.

Y la bestia que era, y no es, es también el octavo, y es de los siete el que va a perdición.

Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; mas tomarán potencia por una hora como reyes con la bestia.

Ellos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de los señores, y el Rey de los reyes: y los que están con él son llamados, y elegidos, y fieles.

Y él me dice: Las aguas que has visto donde la ramera se asienta, son pueblos y muchedumbres y naciones y lenguas.

Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborreceran a la ramera, y la harán desolada y desnuda; comerán sus carnes, y la quemarán con fuego.

Porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que le plugo, y el

**LAS COSAS QUE ANTES FUERON ESCRITAS,
PARA NUESTRA ENSEÑANZA FUERON ESCRITAS
PARA QUE POR LA PACIENCIA, Y POR LA CONSOLACIÓN
DE LAS ESCRITURAS, TENGAMOS ESPERANZA**

(Rom. 15, 4)

**Venganza tomaré y con nadie haré pacto:
—Quien nos rescata ha por nombre Jahwe Sabaoth
el Santo de Israel—**

**Asiéntate en silencio, penetra en las tinieblas
hija de los caldeos;
ya no te llamarán emperatriz de reinos.**

**Airéme contra mi pueblo
y degradé mi heredad;
entreguéles en tus manos,
los trataste sin piedad;
sobre el anciano cargaste
tu pesadísimo yugo.**

**Y decías:
para siempre jamás seré señora;
y no paraste mientes en aquello:
de tus postrimerías no te acordaste.**

**Escúchalo tú ahora, la regalada,
la que en confianza estás sentada,
la que vas en tu alma diciendo:
sólo yo y nadie más,
no moraré en la viudez
y no me veréis sin hijos.**

**De repente en un solo día
te vendrán estos dos males:
te invadirá la viudez
y la total soledad;
no te valdrán tus impostores
ni el poderío de tus agoreros.**

**Obrabas mal y vivías confiada,
e ibas diciendo: no hay quien me vea.
Sabiduría y ciencia te extraviaron,
y te ibas diciendo a ti misma:
sólo yo y nadie más.**

ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que sean cumplidas las palabras de Dios.

Y la mujer que has visto, es la grande ciudad que tiene su reino sobre los reyes de la tierra.

CAPÍTULO 18

Y después de estas cosas vi otro ángel descender del cielo teniendo grande potencia; y la tierra fue alumbrada de su gloria.

Y clamó con fortaleza en alta voz diciendo: Caída es, caída es la grande Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu in-mundo, y albergue de todas aves sucias y aborrecibles.

Porque todas las gentes han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.

Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas.

Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.

Tornadle a dar como ella os ha dado, y pagadle el doble según sus obras; en el caliz que ella os dio a beber, dadle a beber doblado.

Cuando ella se ha glorificado, y ha estado en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada reina, y no soy viuda y no veré llanto.

Por lo cual en un día vendrán sus plagas, muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque el Señor Dios es fuerte, que la juzgará.

Y llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes de la tierra, los cuales han fornicado con ella y han vivido en deleites, cuando ellos vieren el humo de su incendio.

Estando lejos por el temor de su tormento, diciendo: Ay, ay, de aquella gran ciudad de Babilonia, aquella fuerte ciudad; porque en una hora vino tu juicio.

Y los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías.

Mercadería de oro y de plata, y de piedras preciosas, y de margaritas, y de lino fino, y de escarlata y de seda, y de grana, y de toda madera olorosa, y de todo vaso de marfil, y de todo vaso de madera preciosa, y de cobre, y de hierro, y de mármol.

Y canela, y olores, y unguentos, y de incienso, y de vino, y de aceite; y de flor de harina y trigo, y de bestias, y de ovejas; y de caballos, y de carros, y de siervos, y de almas de hombres.

Y los frutos del deseo de tu alma se apartaron de ti; y todas las cosas gruesas y excelentes te han faltado, y nunca más las hallarás.

Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido, se pondrán lejos de ella por el temor de su tormento, llorando y lamentando.

Y diciendo: Ay, ay, aquella gran ciudad que estaba vestida de lino fino, y de escarlata, y de grana, y estaba dorada con oro, y adornada de piedras preciosas y de perlas.

Por que en una hora han sido desoladas tantas riquezas. Y todo patrón y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se estuvieron lejos.

**LAS COSAS QUE ANTES FUERON ESCRITAS,
 PARA NUESTRA ENSEÑANZA FUERON ESCRITAS
 PARA QUE POR LA PACIENCIA, Y POR LA CONSOLACIÓN
 DE LAS ESCRITURAS, TENGAMOS ESPERANZA**

(Rom. 15, 4)

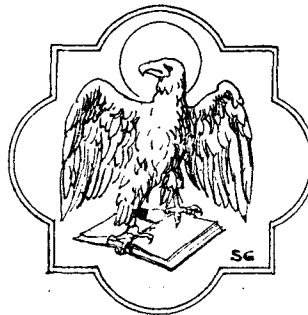
Sobre ti viene un tal mal
 que no sabrás de su aurora:
 sobre ti cae un infortunio
 que no podrás expiar,
 sobre ti llega de improviso
 una tormenta que no conoces.

Quédate ahí con tus hechizas
 y con tus muchas imposturas
 con que desde la infancia te has cansado.
 Podrás tal vez ayudarte;
 quizá te harás de temer.

Estás débil de tanta consulta;
 que te acudan ahora y te salven
 los que miden el cielo,
 los que observan los astros,
 los que te hacen saber por las lunas
 lo que te ha de venir.

Helos que son cual tamo,
 el fuego los abrasa,
 no salvarán la vida de manos de la llama.
 No hay brasa donde calentarse
 no hay hogar ante el cual asentarse.

Así fueron contigo,
 al sentir tu fatiga,
 los que contigo desde tu infancia
 mercadearon;
 cada cual vaga por su lado,
 no hay quien te salve.



Y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?

Y echaron polvo sobre sus cabezas; y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay, de aquella gran ciudad, en la cual todos los que tenían navíos en la mar se habían enriquecido de sus riquezas; y que en una hora ha sido desolada!

Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios ha vengado vuestra causa en ella.

Y un ángel fuerte tomó una piedra como una grande piedra de molino, y la echó en la mar, diciendo: Con tanto ímpetu será derribada Babilonia, aquella gran ciudad, y nunca jamás será hallada.

Y voz de tañedores de arpas, y de músicos, y de tañedores de flautas y de trompetas, no será más oída en ti; y el sonido de muela no será más en ti oído.

Y luz de antorcha no alumbrará más en ti; y voz de esposo ni de esposa no será más en ti oída; porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra, porque en tus hechicerías todas las gentes han errado.

Y en ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos, y todos los que han sido muertos en la tierra.

CAPÍTULO 19

Después de estas cosas oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya: Salvación y honra y gloria y potencia el Señor Dios nuestro.

Porque sus juicios son verdaderos y justos; porque él ha juzgado a la grande ramera, que ha corrompido la tierra con sus fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.

Y otra vez dijeron: Aleluya. Y su humo subió para siempre jamás.

Y los veinticuatro ancianos y los cuatro animales se postraron en tierra y adoraron a Dios que estaba sentado sobre el trono diciendo: Amén: Aleluya.

Y salió una voz del trono, que decía: Load a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes.

Y oí como la voz de una grande compañía, y como el ruido de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: Aleluya: porque reinó el Señor nuestro Dios Todopoderoso.

Y vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que estaba sentado sobre él, era llamado Fiel y Verdadero, el cual con justicia juzga y pelea.

Y sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno entendía sino él mismo.

Y estaba vestido de una ropa teñida en sangre: y su nombre es llamado **EL VERBO DE DIOS.**

Y los ejércitos que están en el cielo le seguían en caballos blancos vestidos de lino finísimo, blanco y limpio.

Y de su boca sale una espada aguda, para herir con ella las gentes: y él los regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor, y de la ira de Dios Todopoderoso.

Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: **REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.**

LLAMADA DE ATENCION SOBRE LOS ERRORES DIFUNDIDOS EN NOMBRE DE UN FALSO PROFETISMO

Carta del P. Antonio Pacios, M. S. C. al Rvdo. P. Provincial de los Salesianos de Barcelona.

Mi muy reverendo y apreciado Padre: No tenía el honor de conocerle; mi primer encuentro con usted fue el jueves, 18 de noviembre de 1971, con ocasión de la nueva catequesis salesiana que dan en su parroquia de Sarriá. Usted se presentó como Provincial, y no tengo razón alguna para dudar lo sea. Si no lo fuera, ruego al verdadero Provincial que me perdone: la carta va dirigida a quien se me presentó como tal.

Yo había asistido a la primera catequesis del martes, día 16. Asistí con verdadero deseo de aprovechar. Pero oí una serie de conceptos que me parecieron opuestos a nuestra fe católica. Un seglar llamó la atención sobre esto durante la sesión del martes. Yo, aunque estaba conforme con él, preferí no intervenir. Me pareció que debía dejarle hablar hasta el fin, porque podía rectificar, lo que mostraría había entendido yo mal. La rectificación no vino. Pero un apagón de luces muy extraño y diría providencial me impidió pedir las aclaraciones que deseaba al final de la sesión. Recuerdo que aun dije a una persona que me estaba vecina: "Se ve que Dios no quiere que intervenga". Y ya no pensaba intervenir. Pero lo que sucedió fuera me hizo cambiar de parecer: al dar explicaciones a una persona que insistentemente me las pidió, intervinieron algunos súbditos suyos — entre ellos uno que dijo estaba acabando la teología —, y este último dijo que Jesucristo no fue Dios hasta después de la resurrección — testigos de esta afirmación fueron dos dignos sacerdotes, uno de ellos párroco, que testificará si usted se lo pide —. Otro insistía en que lo importante era el amor al prójimo, porque no podíamos saber si amamos a Dios, añadiendo incluso que no podíamos tener relación personal con Él. Esto me hizo ver la gravedad del mal, y el acierto del seglar que intervino. No pedir yo en tal caso aclaraciones sería avergonzarme de mi fe. En la sesión del sábado lo hice: estaba en mi derecho: pues los único que pedía era aclaración a algunos puntos oscuros de algo que ustedes presentaban como una nueva catequesis profética. Como cristiano y como sacerdote tenía derecho a hacerlo; y no sólo derecho, sino obligación: no era obstrucción, sino peti-

ción de aclaración. El catequista rectificó un punto: su juicio sobre la Iglesia constantiniana. Algo es algo. Pero ustedes no dejaron oportunidad para aclarar más. Primero el párroco, a quien mucho venero, alegó su autoridad de párroco para hacerme callar. Luego usted, su autoridad de Provincial y dueño del local. Como dueños del local, pueden impedir la entrada a quien quieran; no pueden, en cambio, cerrar la boca a quien pide aclaración sobre una exposición que él cree opuesta a la verdad cristiana. Y ustedes lo saben; por eso no pudieron hacerme callar, ni yo acaté una autoridad que en este aspecto preciso no tenían. Uno, que pienso era súbdito suyo, a su lado, le incitaba a su Reverencia a que llamara a la policía para obligarme a callar y salir. Les dije que lo hicieran. No sé si usted lo hizo. Lo que sí sé es que a poco rato llegaba la policía obligándome a abandonar el local; y que usted en nada protestó de esta intromisión de la policía en un asunto puramente religioso, lo que indica que al menos la aprobaba. Creo fue un gran error suyo. Los Pontífices de los sacerdotes entregaron a Jesús al poder civil para que lo condenaran a muerte; usted me entregó para obligarme a la muerte del silencio; y allí no había cuestión o discusión alguna que rozara asuntos temporales, sino sólo petición de aclaración en asuntos de fe. ¿Con qué razón podrán quejarse los progresistas de que el poder temporal intervenga cuando ellos, bajo capa religiosa, tratan asuntos temporales, si después llaman a ese mismo poder, o aprueban su intervención, cuando sólo de asuntos de fe se trata? Y si ustedes llaman al poder temporal para hacer prevalecer sus miras religiosas, o aprueban su intervención, ¿por qué tanto hablar de la separación de Iglesia y Estado? ¿No están ustedes mismos invitando al Estado a que determine los asuntos de orden religioso?

Mas de esto basta. La palabra de Dios no está aligada, y ya que entonces no pude, quiero hacerle llegar en esta carta las cosas que allí me impidieron decir.

Paso por alto la rectificación lograda respecto al

juicio sobre la Iglesia constantiniana — pues ya lo dije allí —. Pasaré por alto igualmente, como menos importante, la alabanza que sin aclaración alguna hizo de dos autores ateos — ¡y esto en una catequesis! —.

Dijo tres errores que ustedes se tragaron como piedras de molino: a) Afirmó sin que en algún modo lo aclarara, que comprendió que la razón humana es impotente con relación a establecer o no la existencia de Dios. Sabe que esto es contrario a la enseñanza del Vaticano I; al Juramento antimodernista; al primer capítulo de la Carta de San Pablo a los Romanos; y al capítulo 13 del Libro de la Sabiduría. b) Afirmó de Abrahám — injuriando la pureza de su fe —, que se unió a Agar para asegurar la promesa divina: cualquier estudiante mediocre de Historia de Israel podrá decirle que Abrahám hizo esto, no para asegurar la promesa divina, sino a petición de Sara, y siguiendo la Ley que en aquel tiempo le obligaba a hacerlo, según consta por los documentos descubiertos en Nuzi. c) Afirmó repetidas veces que San Pablo dice que por el temor a la muerte somos esclavos del mal y del pecado: San Pablo en ninguna parte dice eso, sino precisamente lo contrario: por el pecado somos esclavos de la muerte. Ninguno de ustedes protestó contra la osadía de estos errores. Por lo demás me explico su indignación contra mí: a nadie le gusta aparecer tonto, al parecer no haberse dado cuenta de errores elementales, que un niño con catecismo hubiera descubierto.

En segundo lugar quiero destacar los silencios meditados que inducen a error al oyente. Quien divide a Cristo es anticristo (cf. 1 Joan. 4, 3); y lo divide, no sólo quien niega su humanidad o su divinidad, sino quien da una enseñanza suya silenciando sistemáticamente la complementaria, que la aclara, define y explica. Y esto sucedió el martes, silenciándose precisamente aquellos aspectos que los herejes niegan. Vayan, como ejemplos:

a) Sin más afirmó: Cristo está presente en la Eucaristía, en medio de dos que se reúnen en su nombre, en los pobres, etc. Silenció el modo especial de presencia eucarística, con lo que induce a los oyentes a la opinión herética de que Cristo no está físicamente presente con su mismo Cuerpo físico en la Eucaristía. b) Afirmó: Toda generación nueva nace con un pecado real: pecado del ambiente, de circunstancias sociales, etc. Pero silenció totalmente el verdadero pecado original individual, que vicia al hombre individuo, de cuyo viciamiento se originan todos los demás desórdenes sociales: ese silenciamiento lo exigía la falsa unidad irenística que se busca en esas catequesis. Por si el silenciamiento le parece poco importante,

le diré que súbditos suyos sacerdotes negaron ese pecado original — definido por el Tridentino —: yo no lo oí, y así no puedo presentar certeza; pero las personas que con ellos discutieron ciertamente sabían muy bien el catecismo cristiano. c) Insistió siempre llamando a Cristo “Ese hombre”: en tiempos en que tantos niegan su divinidad, habría de ser más explícito en inculcar la verdad de fe que se niega — el buen catequista previene contra el error —; sólo ante la objeción de un seglar admitió la divinidad de Cristo; pero no apareció claro si se trata de divinidad tras la resurrección — al estilo Nestorio tras el bautismo —, con lo que María dejaría de ser Madre de Dios, y Cristo sería Dios sólo por la inhabitación moral de la divinidad y por gracia, como cualquier cristiano, aunque en grado mayor. Lo peligroso de este silencio ya se indicó arriba: súbditos suyos negaron fuera Dios hasta después de la resurrección. d) Propuso como medio de renovación la caridad fraterna: “Amaos unos a otros como Yo os he amado”; pero el cómo lo refirió solamente a la materialidad de dar la vida por otros, no a la imitación total del amor de Cristo; silenció totalmente el primer y principal mandamiento — hoy negado por muchos —, sin el cual es falso siempre el cumplimiento del segundo; silenció el encargo “Permaneced en mi amor” (Joan. 14, 4. 9), con la advertencia de que si así no lo hacemos no podremos dar fruto alguno — como el sarmiento separado de la cepa —; recuerde, por favor, lo que dice San Pablo: “Si distribuyere toda mi hacienda a los pobres y entregare por ellos mi mismo cuerpo a las llamas, consumiéndome en ellas, si no tuviere caridad, de nada me aprovecha” (1 Cor. 13, 3). Lo importante de esta omisión ya se indicó en lo que dije más arriba de las manifestaciones de algunos de sus súbditos. e) Insistió en la unidad: “que todos sean en uno”; pero se le olvidó que esa unidad sólo es válida en Jesús y por Jesús, con su admisión plena en nosotros — “Yo en ellos y tú en Mí” (Joan 17, 23), “Padre, santifícalos en la verdad: tu Palabra es la verdad” (Joan. 17, 17). Por lo mismo, toda unión que renuncie, para lograrse, a la confesión de toda la palabra de Cristo — “enseñándoles a cumplir *cuanto* Yo os he enseñado” (Mt. 23, 20) —, es unión diabólica, falso irenismo, abrazo de la simiente de la Serpiente, no de los hijos de la Mujer bendita, por más nominalmente se la invoque.

Mucho más podría decir. Basta esto para ver que nos encontramos con el caso de los leprosos de San Agustín — los herejes —: piel en parte sana, y en parte enferma. Pero aquí es peor, mucho más contagioso: en parte piel sana, en parte ausencia o carencia de piel — silencio de la verdad, no afirmación ex-

plícita de error —: es más contagiosa la enfermedad si la piel ya ha caído del todo, que si la piel es simplemente enferma. Por lo mismo, cuantos oigan a su famoso catequista, serán irremediabilmente contagiados, salvo una protección divina extraordinaria, que no suele darse a los imprudentes. Y usted será en gran parte responsable de este contagio.

Por lo dicho, no considero a su famoso profeta — que como tal modestamente (!) se presenta — como profeta de Cristo, sino como profeta del Anticristo, que también los tiene, y en abundancia. Lo único que ignoro es si es profeta del Anticristo sin darse cuenta — engañado él a su vez —, o lo es por malicia: esperaba averiguarlo con mis preguntas, pero ustedes no me dejaron. Quizá sea él el primer engañado, y no haga sino repetir de buena fe lo que los verdaderos profetas del Anticristo — que pueden también ser jurídicamente hijos de Dom Bosco — ponen en su boca. Una cosa es cierta: su catequesis, y su verbo profé-

tico alejará de Cristo a cuantos curiosamente lo oigan.

Y acabo ya, mi venerado Padre Provincial: recordará usted lo que el P. Heredia dice de los babilonios. Si usted no es Babilonio, tengo la esperanza de que saque utilidad de esta carta, y evite el mal que se está haciendo. Si es babilonio, o quizá jefe de gremio, no tengo esperanza alguna. Pero hay muchos hijos de Dom Bosco que conservan todavía maravillosamente su espíritu. Y a éstos siempre les hará bien, pues les pondrá en guardia, evitándoles dejarse engañar bajo capa de una falsa obediencia. Y a su vez evitarán el contagio a muchas almas, confiadas a su ínclita Orden, previniéndolos contra los falsos profetas. Ellos podrán hablar donde yo no puedo, por impedírmelo ustedes con su recurso — o al menos tolerancia — al poder temporal.

Con mis mejores deseos, y mi máximo aprecio, quedo suyo afmo. en el Corazón de Jesús.

ANTONIO PACIOS, M.S.C.

NECESIDAD DE LA REPRENSIÓN FRATERNA

...Este tal en verdad morirá en su pecado, más *yo demandaré su sangre de manos del centinela* (Ez. 33, 6).

Para esto están puestos los atalayas, esto es, los prepósitos de los pueblos, en las Iglesias, para que no dejen de reprender los pecados. Y no por esto, empero, está del todo libre de esta culpa el que, aún no siendo prepósito, no obstante, en aquellos con quienes está unido por la necesidad que dimana de esta vida descubre muchas cosas dignas de advertencia y represión y las soslaya, evitando ofenderles...

(*Civitate Dei*, lib. 1, cap. 9.)

Si pecare tu hermano, vé y repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo negocio. Si los desoyere, comunícalo a la Iglesia; y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano.

(Mat. 18, 15-17.)

CUANDO NO ES POSIBLE CONTEMPORIZAR

A través de los tiempos, y también en el nuestro, las inteligencias se enfrentan con opciones que son de la forma $(a, \neg b)$ y $(\neg a, b)$, donde "a" y "b" representan proposiciones que expresan aspectos distintos de la verdad y el signo " \neg ", antepuesto a una de ellas, significa su negación (1).

En las polémicas, verbales o escritas, abiertas o solapadas, la opción $(a, \neg b)$, no enarbola, para hacer prosélitos, su negación de "b", aunque ésa es su más íntima intención, sino que arguye defendiendo "a" en contra de la otra opinión $(\neg a, b)$ que la niega, y viceversa.

La mentira hace adeptos por la fuerza de la verdad, como el mal obra en virtud del bien, ni más ni menos.

De este modo las democracias socializantes claman por la caridad fraterna, para hacer prosélitos contra el Dios Creador y Redentor y las beaterías aburguesadas se alzan en favor de la reverencia al Dios Eterno, para asegurarse su puesto de beneficio y apagar su conciencia que les remuerde por la falta de caridad fraterna.

Lo mismo ha ocurrido con las diversas interpretaciones históricas de la esperanza mesiánica (2). O se ha reducido a un triunfo meramente humano, conseguido por un hombre particular como hicieron los judaizantes antaño, o del Hombre Abstracto como piensan los comunistas hoy día, o bien se ha excluido totalmente el aspecto humano y social, como creyeron los gnósticos y aún lo entienden, quizá demasiados, hogaño. Y así podrían ponerse muchos ejemplos (3).

(1) Cfr. "El álgebra de la revolución", M. M. Doménech, CRISTIANDAD, septiembre 1970.

(2) Cfr. "Reino mesiánico", F. Canals V., CRISTIANDAD, marzo 1969.

(3) Cfr. "El espíritu sintético de Santo Tomás", M. M. Doménech, CRISTIANDAD, septiembre 1970.

4. "El temor de ser calificado como seguidores de las tendencias extremas en el campo del pensamiento o de la actitud, nos conduce con excesiva frecuencia, a posturas de timidez e incluso de abdicación de nuestros propios deberes". Pastoral de Monseñor Antonio Briva Mirabent, Obispo de Astorga, sobre el centenario del Concilio Vaticano I. Este fragmento está citado por Víctor Lahoz en su artículo "Oro teológico de ley" publicado en CRISTIANDAD, marzo 1971.

(5) Hegel (Enciclopedia): ... "El punto esencial que hay que observar es que no hay solamente antinomia

Muchos de los adictos a la verdad, de los que comprenden bien que hay que amar a Dios y a los hermanos, porque Dios nos amó primero (1 Jo 4, 10-11), y que la salvación que Dios ha prometido es total, ya que la Gracia no destruye la naturaleza, dándose cuenta de la buena parte de razón que tienen los que contienden, se aplican a dársela a todos.

Si esto no proviene de la corbadía, quizás sea mejor que dejarse arrastrar por el torbellino de la dialéctica, adhiriéndose a una de tantas opciones extremas. Pero probablemente sea una mala política cuando convenga, incluso, pasar valientemente por lo que no se es, en favor de la verdad (4).

Evidentemente hay que dar la razón a quien la tiene en lo que la tenga, pero hay un caso en el que es absolutamente imposible contemporizar. Se trata del comunismo. No hablo de ninguna posición llamada comunista, en alguna situación concreta en el espacio y el tiempo, de las que hace gala de defender legítimos derechos humanos e intentar satisfacer nobles aspiraciones, porque en eso llevan su parte de razón, pues es uno de los aspectos de la esperanza mesiánica, sino de la raíz de su ideología marxista y hegeliana.

Esa ideología también comparte la opinión de que las inteligencias se enfrentan con opciones contrarias (5). Pero en cambio está en perpetua oposición a cualquier verdad, pues no puede consentir en que ésta exista de manera eterna e inmutable. Tampoco, por tanto, puede admitir que las opciones enfrentadas expresen nada verdadero, ni representen defensas,

en los cuatro objetos particulares sacados de la cosmología (alude a las antinomias de Kant), sino que la hay en todos los objetos, de cualquier naturaleza que sean, así como en toda representación, en toda idea, en toda noción. El objeto esencial de la investigación filosófica es establecer este punto, reconocer esta propiedad de las cosas"...

... "Y no hay nada, *absolutamente nada*, donde no se pueda y se deba mostrar una contradicción, es decir, determinaciones opuestas, ya que la abstracción del entendimiento se atiene a viva fuerza a una determinación, esforzándose por oscurecer y apartar de la conciencia la otra determinación que se halla implicada"...

... "Este pensamiento de que la contradicción causada en lo racional por las determinaciones del entendimiento es esencial y necesaria, debe ser considerada como un progreso de los más importantes y profundos de la filosofía moderna"...

sinceras o hipócritas, de aspectos diversos de la misma verdad. Negando todo valor de permanencia a nada que pueda establecerse, hace consistir la fuerza del progreso en esa misma oposición de contrarios que mueve las ideas fugaces (6), como las contrariedades son base de movimiento en la naturaleza (7). De ese sistema se deduce que no hay verdad, sino sólo un incendio de ideas (8), en continuo movimiento e inestabilidad.

Digamos nosotros que la inteligencia alcanza verdaderamente su objeto, aunque éste sea un aspecto de la verdad. La comprensión de otros aspectos no obliga a la mente a rechazar lo ya conseguido. Las altas verdades subsumen bajo su luz diversos aspectos particu-

(6) Ibid.: "El factor dialéctico constituye el alma motriz del progreso científico".

(7) Heráclito: "Lo frío se calienta, lo caliente se enfría, lo húmedo se seca, lo seco se humedece".

(8) Heráclito: "Todas las cosas se cambian por fuego y el fuego por todas las cosas, como las mercancías por el oro y el oro por las mercancías".

"Este mundo, el mismo para todos, ningún dios ni hombre lo hizo. Sino que ha sido siempre y es y será un fuego siempre vivo, que se enciende según medidas y se apaga según medidas."

"Todo será comprendido y juzgado por el fuego que llegará."

lares. Lo de hoy no hace olvidar lo de ayer, sino que cuando descubramos lo de mañana, todavía comprenderemos mejor lo de ayer y lo de hoy.

Atendiendo a la íntima constitución del comunismo, resulta que nadie responsable de la verdad, puede consentirle el "tener cosas buenas", sino que debe decir con la Iglesia que es "intrínsecamente malo" (9).

No vaya a suceder que queriendo contemporizar con los que quieren hacerlo con el comunismo, acabemos contemporizando con una doctrina que en vez de buscar sinceramente la comprensión, presupone la raíz del progreso, precisamente en la oposición de ideas. La negación absoluta de lo más negativo sería lo más positivo.

M. M. DOMÉNECH I.

"Es necesario saber que el conflicto es comunidad, que la disputa es justicia, y que todo llega al ser por la disputa."

"El conflicto es el padre de todas las cosas, el rey de todas las cosas."

(Heráclito creía que el constitutivo de todas las cosas era el fuego, que es lo que la Biblia dice que hay en el infierno.)

(9) Pío XI, encíclica "Divini Redemptoris", pág. 60: "El comunismo es intrínsecamente malo y no se puede admitir que colaboren con él en terreno alguno los que quieren salvar de la ruina a la civilización cristiana".

COMO MUEREN LAS MADRES CRISTIANAS

Sin afán alguno de vanagloria, sino con el más limpio deseo de mostrar las maravillas de Dios, debo subrayar algunos aspectos acaecidos en torno de la muerte de mi madre. Me parece que con ello rindo homenaje a todas las madres de los sacerdotes y a todas las madres cristianas. Y puedo repetir lo que decía René Bazán: "Yo creo sinceramente que hay madres que tienen alma de sacerdote, y la han dado a sus hijos". Y unirne al inmenso coro de todos los que podemos suscribir la afirmación de Lamartine: "Dichoso el hombre a quien Dios da una madre santa".

Mi madre — Paulina Torrens Romeu — era hija de una sencilla familia labradora, de una típica "casa de pagès" catalana, de nuestro alto Panadés, en La Llacuna. Su formación fue el aprendizaje vivo de la rectitud cristiana de sus padres, gente de Rosario diario, fieles y practicantes, que jamás faltaban a Misa, a pe-

sar de que tenían el viejo castillo de su antiquísima parroquia, San Pedro de Mager, a una hora de camino entre trayectos montañosos. La fe y piedad de aquellos padres, con la educación recibida de las dominicas de la Anunciata, las del padre Coll — fundación rural hecha por él mismo, hoy desaparecida en aras del "desarrollismo" — grabaron hondamente en el alma de mi madre un amor ardiente a la Eucaristía, a la Santísima Virgen, a la fe católica, a la castidad, con las virtudes del trabajo, de la honradez y de la austeridad.

Casada, cumplió con sus deberes de esposa y madre. Característica suya fue un singular amor a la Madre celestial. Quiso presidiera su habitación conyugal una imagen de la Inmaculada. Tenía la sabiduría cristiana popular que le daba una visión muy clara de los acontecimientos. Me acuerdo que el 14 de abril

de 1931, me dijo: "Sólo el carlismo puede salvar a España". Ella, que no era política ni "ilustrada", apuntaba a dónde podía venir la salvación, porque preveía la persecución a la Iglesia y sentía el tradicionalismo como la doctrina nacional más eficaz y definitiva, en lo humano para que Cristo reinara en España. Cuando el 19 de julio de 1936, se le confió primero la guarda y después la desaparición del fichero de los requetés de Cataluña, con miles de fichas con detalles muy comprometedores, máxime en aquellas circunstancias fatídicas, se dedicó a ello abnegadamente en los primeros días de la revolución, con lo que seguramente se evitaron muchos asesinatos, en caso de que se hubiera localizado aquella documentación.

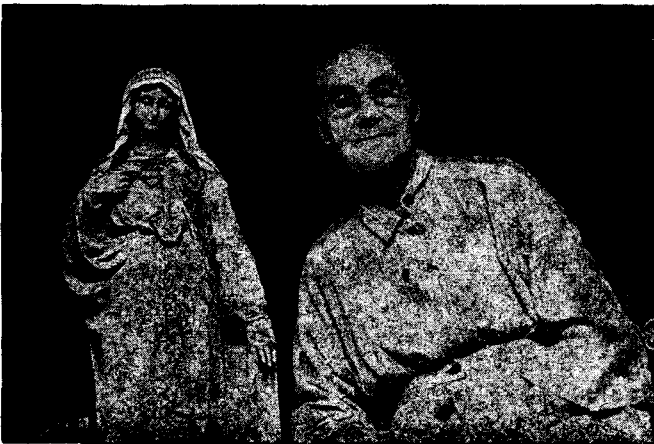
Pero su corazón buscaba y vibraba por el reinado social de Jesucristo. Mientras pudo asistió a Misa y comulgó diariamente. Cuando ya la vejez se lo impidió, lo suplía con una vida más intensa de oración. Rezaba tres y cuatro partes de Rosario cada jornada e intensificaba su trato familiar con los muchos santos de su devoción. Se colocaba fervorosamente ante el cuadro del Corazón de Jesús, entronizado en nuestro hogar, y allí ella desahogaba sus fervores. Mezclaba la oración en los más pequeños detalles de su vida, de su trabajo, de su familia, de las circunstancias. No le faltaba su Rosario particular para dar gracias a Dios por haber tenido fuerza para limpiar la casa, secar la ropa, salir de un apuro, encomendar la salud. Fue mi continua y gran aliada en las predicaciones misionales y de Ejercicios Espirituales. Tenía celo por la salvación de las almas. Cada día nos hacía rezar en familia un Credo "por la conversión de todos los pecadores del mundo". Era terciaria carmelita y particularmente honraba a la Virgen del Carmen todos los sábados. Había practicado Ejercicios Espirituales en completo retiro, guardando de ellos

un sentido recuerdo, así como de Mn. Sebastián Regí, que los dirigió.

El 21 de julio de este 1971 ha fallecido, con sus recién estrenados 87 años. En estos últimos tiempos pedía al Señor se la llevara al cielo. Hasta que pudo físicamente, casi ahogándose al subir las escaleras, asistió a Misa los domingos. Sus últimas salidas de casa fueron en la festividad del Sagrado Corazón de Jesús al Tibidabo, donde comulgó, y a la Cartuja de Montealegre, acompañándome en coche para un encargo. Celebró con fervor la fiesta del Carmen y el mismo día de su muerte, unas horas antes — cuando nada hacía suponer su cercano fallecimiento — me manifestó ingenuamente que nada remordía su conciencia, rezó conmigo, le di la absolución y besó el crucifijo.

Y, ¡bondades de la Providencia! El 22 de julio, cuando ella estaba de cuerpo presente, un grupo de jóvenes peregrinos que marchaban a pie a Santiago de Compostela, casi a mil kilómetros de Barcelona, coincidieron con un ejemplar religioso con el que he mantenido correspondencia repetidamente para asuntos ministeriales, pero que no conozco personalmente. Este religioso, no sabía ningún detalle de mi familia. Con los peregrinos se suscitó el recuerdo de la común amistad que ellos tenían conmigo y lo comentaron que tenía madre, y ahora delicada. Y en el álbum de la peregrinación, en que registraban su paso donde se hospedaban diversos párrocos y superiores, aquel religioso estampó frases de aliento para aquella esperanzadora juventud, y sin ilación alguna con el contexto, escribió para mí: "SU SANTA MADRE TENDRÁ UNA DULCE MUERTE Y EN SEGUIDA SERÁ LLEVADA AL CIELO POR LA MADRE DEL AMOR HERMOSO". Cuando se redactaron estas líneas era imposible humanamente para nadie, a tal distancia, tener noticia alguna de la muerte de mi madre, pues ni siquiera era previsible para los que estábamos próximos a ella. Por esto aquellos jóvenes leyeron esta frase como una exclamación piadosa, sin más alcance. Los peregrinos reemprendieron la marcha. Y a unos 40 kilómetros más allá les llegó el telegrama que comunicaba la muerte de mi madre. La "adivinación" les emocionó, pues estaba fuera de cualquier conocimiento normal y coincidencia tan exacta. Preguntado posteriormente tal religioso sobre el porqué se le ocurrió escribir de tal manera, confesó que era una gracia recibida en la oración, rubricándome: "TU MADRE ESTÁ CORONADA EN LA GLORIA Y PIDIENDO POR SUS HIJITOS Y TODA SU FAMILIA, PARA QUE TODOS SE DISTINGAN POR EL AMOR A MI SACRAMENTO".

Al rememorar esta vida, destaca su gran amor



a María. Repetidas veces nos había dicho a sus hijos: "Vuestra verdadera Madre es la Santísima Virgen. Yo soy simplemente una sirvienta de Ella. Así que acabasteis de nacer ya os consagré a Ella". Reiteradamente afirmaba que "la Virgen nunca me ha negado una gracia". Tenía una fe indubitable, que la hacía intrépida para practicar obras de caridad, visitar enfermos, ayudar a la parroquia y plantar cara, muy decidida, a cualquiera que blasfemara o hablara mal de la religión. A pesar de que fue trabajadora y siempre vivió modestamente, jamás tuvo ni un asomo de espíritu de "lucha de clases" ni de aspiraciones de riqueza. Siempre mantuvo amor y fidelidad a quienes fueron sus dueños. Vivió muy contenta, dando gracias a Dios, de su situación económica, sin buscar comodidades. Recientemente, al encontrarse una revista católica que hablaba demasiado favorablemente del protestantismo, me dijo: "Esta revista que no la vea más en casa".

Se ha dicho que las madres de los sacerdotes, con años de antelación, bordan la casulla de sus hijos. Con hilos blancos de cuidados, con hilos rojos de dolor, con perlas de lágrimas y sufrimientos, y, sobre todo, con los hilos dorados de la oración. Jamás podré dudar que mi casulla ha sido bordada por mi madre para toda mi existencia sacerdotal. Por eso al llegar mi Primera Misa, con sus ahorros, a escondidas, me hizo regalar el cáliz queriendo que no me enterara lo había comprado ella. Machaconamente me repetía que fuera un buen sacerdote y nada más que sacerdote, sin ambicionar ningún cargo.

Nuestras madres cristianas y ejemplares son el fruto de una formación seria sin baches en la piedad,

en la virtud, en el sacrificio, alimentada por la Eucaristía y el amor a María. Esas madres nos han dado algo mejor que la vida temporal. Nos han hecho conocer y amar a Dios. Millones de hijos podemos repetir con San Pablo de la Cruz". Me complace en proclamarlo que así lo hemos comprobado. Con una muerte suave, quieta, como durmiéndose, sin agonía, saltó a la Patria. Fue amortajada con el hábito de la Inmaculada. Estaba bellísima. Todo confirma la palabra de Santa Margarita María de Alacoque: "¡Qué dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar"! Y cantar con el poeta:

No son sueños, ni ficciones,
no es ilusión, no es quimera:
¡pronto, Señor, nos veremos!
¡y nos veremos de cerca!
Y serán tus heredades
mi patrimonio y herencia,
tu gloria será mi gloria,
tu cielo mi recompensa.
¡Pronto, Señor, nos veremos
en tu Casa solariega!

Y la fidelidad a la memoria sagrada de nuestras madres debe ser una de las mejores gracias de Dios para perseverar en la fe, vivificados por la Eucaristía y siempre unidos al Corazón Maternal de María. Ellas, desde la gloria, lo piden por sus hijos que todavía peregrinamos por el destierro.

JOSÉ RICART TORRENS, Pbro.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

D I C I E M B R E

GENERAL: Que en toda la tierra los pueblos sean educados para la paz

MISIONAL: Por la paz en Tierra Santa

“EL PODER DE LAS TINIEBLAS”

No hay duda alguna de que existe un ataque bien organizado con miras al total desmoronamiento de la Santa Iglesia Católica, única que conserva íntegro el Sagrado Depósito de la fe, y que, además, por la sucesión apostólica ininterrumpida, es para nosotros garantía de la indefectibilidad en la fe, que le ha sido prometida, y que, con Magisterio auténtico, autorizado e infalible, nos la enseña, a la vez que, por ministerio de los sacerdotes, nos comunica la vida sobrenatural, a través de los Sacramentos. El hacer la guerra a la Iglesia de Jesucristo, no es cosa nueva; su larga historia, ha sido y es, la palestra de los más diversos combates. El que ahora se dirige contra la Esposa de Cristo, no es de los menores, y por las circunstancias de que está rodeado, bueno es que, recordemos aquellas palabras del Divino Maestro, perfectamente aplicables al caso: “Vosotros también estad apercebidos” (Lc. 12-40); debemos, en efecto, estar apercebidos y preparados a la defensa de nuestra fe, don excelente y gratuito de Dios, más estimable que la misma vida natural.

Las palabras del Apóstol San Pablo, a los Efesios, nos ayudarán a reflexionar sobre cuál sea nuestra lucha, en todo tiempo, pero muy marcadamente en los momentos que vivimos; dice el Apóstol: “Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis sosteneros ante las asechanzas del diablo, que no es nuestra lucha contra carne y sangre sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales...” (Ef. 6, 11-12); están en perfecta armonía con las advertencias de San Pablo, otras no menos claras y expresivas del Apóstol San Pedro: “Hermanos, sed sobrios, estad despiertos, vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente ronda buscando a quién devorar. Resistid firmes en la fe” (1.ª Pe. 5, 8-9). No pensemos que, el poder de las tinieblas o del infierno, es un poder, contrapuesto e independiente del poder de Dios. Sólo Dios, es el Todopoderoso, y a Él, están sometidas todas las potestades de los cielos, de la tierra y de los mismos infiernos, como repetidamente leemos en los Sagrados Libros, así del Antiguo, como del Nuevo Testamento.

Claramente se advierte un fuerte empeño en demoler todas las estructuras eclesiales, incluidas aquellas que son fundamentales y de institución divina. La doctrina de la fe, se presenta deformada, sin detenerse ante los mismos Sagrados Dogmas divinamente reve-

lados; los principios morales se interpretan a la luz del más radical naturalismo; a los Sacramentos y al Culto divino, se les despoja de su sentido y función sagrada, presentándolos tan sólo, en su dimensión humana; la misma Iglesia institucional es acusada injusta e impíamente de opresora de conciencias, y aliada de los poderosos; a los mismos católicos, firmes en su fe, se les considera alienados, necesitados de liberación y otras lindezas por el estilo.

¿QUÉ PRETENDEN QUIENES ASÍ HABLAN, ESCRIBEN Y ACTÚAN?

No precisamente la renovación eclesial promovida por el Concilio Vaticano II, y secundada fielmente por el Papa Pablo VI; bien se echa de ver, que, sus intenciones son muy otras. Desde el mismo seno de la Madre Iglesia, se provoca, con satánica hipocresía, su misma destrucción. ¿Qué significan tantas voces pidiendo la desclirificación, sino la secularización más rabiosa, es decir, la asimilación de la Iglesia al mundo? Es una actitud blasfema la de aquellos que hablan de la “Nueva Iglesia”, a la vez que manifiestan un odio diabólico hacia la verdadera Iglesia, la de Cristo, y en nombre del Santo Evangelio, promueven los más despiadados ataques, no sólo contra la Iglesia, sino contra su organización, sus Instituciones, su Jerarquía, y para quienes los Sacramentos, la oración, la vida futura, no tienen sentido alguno. ¿Quién dirige esta especie de ofensiva, a gran escala, con el único fin de destruir la Iglesia Católica? Detrás de todos los movimientos contestatarios, que constantemente surgen, con distintos nombres, pero con idéntico fin y procedimientos muy semejantes, llámense Grupos proféticos, grupos carismáticos, comunidades de base, etc., etc., hay un poder, una cabeza organizadora, como en toda operación bélica, hay un Estado Mayor, que dirige las operaciones. Es curioso que todos esos movimientos, tan diversos, coinciden en: acusar a la Iglesia sin piedad, con muy poca verdad a su favor, y exentos de verdadera caridad; en afirmar que “la verdad no existe”, y en un afán grande de liberar al hombre de toda opresión, social, política, religiosa, etc. Para ellos construir un mundo nuevo, es construir la nueva Iglesia, para lo cual, todos a una, creyentes o no creyentes, deben eliminar obstáculos, y el primero

y principal, es la misma Iglesia institucional, contra la cual, una vez más, se estrellara el tenebroso poder del infierno.

NOS HALLAMOS ANTE UN VERDADERO PODER

Poder que ataca por todos los flancos y no precisamente a cara descubierta, sino todo lo contrario; es el poder de las tinieblas, en lucha contra Dios, contra Cristo y su Iglesia. Realmente la lucha es dramática, pero a la Iglesia le ha sido asegurada la victoria. Las palabras de Jesús nos confortan y sostienen, nos afirman en la fe, pues Él ha dicho: "Y Yo a mi vez te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán contra ella" (Mt. 16, 18); estas palabras del Divino Maestro dan a entender que, en sus divinos planes, está previsto el ataque, y tal que fue necesaria la garantía de su palabra de Dios, con que robustecer nuestra confianza en Aquél de quien dijo el Apóstol: "... para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los seres celestes y de los terrenales y de los infernales" (Filip. 2, 10). Verdaderamente a Jesucristo nuestro Señor y Maestro, se le ha dado todo poder, y ante Él, nada podrá ese misterioso "poder de las tinieblas" (Lc. 22, 53), si bien permite que nos cribe, como se criba el trigo; así se purifica nuestra fe. No es infrecuente que, el enemigo, para mejor conseguir sus planes de ataque y destrucción, se revista de ángel de luz; San Pablo, escribiendo a los Corintios, nos advierte de ello, con las siguientes palabras: "Y no es maravilla, ya que el mismo Satanás, se transfigura en ángel de luz" (2.ª Cor. 11, 14).

Contra un enemigo fuerte y poderoso, hemos de emplear armas proporcionadas; para vencer al poder de las tinieblas, tiene la Iglesia unos medios de eficacia, no mágica, sino misteriosa, divina. Leemos en San Mateo unas palabras del Maestro que bien podemos aplicar al momento histórico en que nos hallamos; dice el Evangelista: "Esa clase de demonios no sale si no es con oración y ayuno" (Mt. 17, 21). La oración cristiana tiene su fundamento en la fe sobrenatural; la caridad se acrecienta con la oración que es trato íntimo con Dios y es el amor quien aquilata más y más la pureza de nuestra oración. La penitencia y mortificación cristiana, nos unen a Cristo paciente, y al participar de sus dolores nos configuramos con Él en su Muerte; ésa es la Voluntad del Padre, nuestra configuración con Cristo, es decir nuestra santificación. El dolor y el sufrimiento adquieren un valor reden-

tor, santificador, por el hecho de haber sido asumido por Jesucristo como instrumento de su obra redentora. La oración, a nivel personal, nos sitúa cara a Dios; nos introduce en los misterios de Dios, y nos permite gustar de Dios, a la vez que nos hace valorar cuánto se halla de bueno en el dolor, en el sufrimiento, voluntariamente aceptado, por amor a ese Cristo, a quien el Profeta llamó "Varón de dolores" (Jo. 53, 3). Ciertamente que la mortificación y penitencia, el dolor y el sufrimiento, el olvido de sí y la propia abnegación no tienen sentido ni valor alguno, sino en función de nuestra unión con Cristo, y así unidos a Él, hechos "otros Cristos", por el amor, mediante una vida de abnegación y oración asidua, seremos fuertes bastiones en defensa de la Iglesia, que, realmente lo que necesita son santos, almas de temple, que sepan luchar las batallas de Dios, contra los poderes del infierno.

A la vista del empuje con que ataca el enemigo, podemos repetir las palabras del Señor, en el momento en que, permitió ser apresado en el Huerto de los Olivos: "Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas" (Lc. 22, 53). Sabemos, por la Escritura, que no se cae una hoja del árbol sin permisión divina, y que, incluso los cabellos de nuestra cabeza, están contados. Debemos adorar los planes divinos, al permitir al enemigo perseguir y armar batalla, contra su pueblo; nunca nos faltará el auxilio divino, si, con humilde oración, acudimos al Señor. Recitemos con fervor el Salmo 79, sobre todo algunas de sus estrofas como la siguiente:

Socórrenos, Dios salvador nuestro,
por el honor de tu nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados,
a causa de tu nombre.

No debemos olvidar, sin embargo, que no sólo es la hora del poder del infierno, sino también puede ser nuestra hora, la tuya, lector amigo y hermano mío, y la mía. Es un hecho que, las horas más dramáticas en la vida de la Iglesia han sido las horas de los grandes santos; es cuando han surgido las grandes figuras, las de aquellos hombres que han sabido leer en los signos de los tiempos, y han sabido vivir su hora. Debemos estar a la altura de las circunstancias; la vitalidad sobrenatural de la Iglesia se ha de manifestar en nuestras vidas, ofrecidas con Cristo, al Padre, prestando con ello, el mejor servicio a la Iglesia. Recordemos las palabras del Apóstol a los Efesios: "Bendito sea el Dios y Padre del Señor nuestro Jesu-Cristo, quien nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos, en Cristo, según que nos

escogió en Él, antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, a impulsos del amor" (Ef. 1, 3-4). Una vida santa es siempre posible con el favor divino, y siempre es vida de Cruz, porque es en la Cruz, donde mostraremos de veras el amor que tenemos al Padre. Al poder de las tinieblas hemos de oponer un Poder mayor, el poder de Cristo en la Cruz. La Iglesia canta en el Prefacio de la Misa de la Santa Cruz: "Porque has puesto la salvación del género humano, en el árbol de la Cruz, para que donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida y el que venció en un árbol fuera en un árbol vencido, por Cristo nuestro Señor".

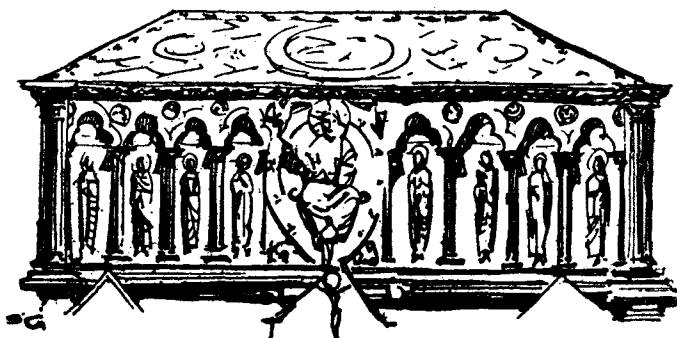
ANTE LAS DIFICULTADES DEL MOMENTO

La fidelidad al Magisterio que el Señor dejó establecido en su Iglesia es para nosotros garantía de firmeza en la fe; sigamos sus orientaciones, sus enseñanzas, que lejos de oprimir nuestras conciencias, se verán liberadas de la perplejidad y aun del error. Oigamos a San Bernardo, que sabiamente nos aconseja qué debemos hacer cuando arrecia el temporal: "Mira a la Estrella; llama a María". En efecto, Ella que, además de Madre de la Iglesia es también Madre de cada uno de nosotros, que somos miembros del Cuerpo Místico de su Hijo, nos alcanzará del Señor la gracia de mantener entera nuestra fe. La Iglesia la venera y alaba, a la vez que invoca su valiosa protección con aquellas palabras del Esposo de los Cantares: "Eres bella y hermosa, hija de Jerusalén, temible como ejército en orden de batalla" (Ct. 6, 9). Es posible que, por esta razón, el enemigo trate de apartar el corazón de los católicos de la verdadera devoción a María Santísima. Repitamos una y otra vez, con fer-

vor, aquella invocación que con tanta frecuencia repiten los labios de los fieles: "María, Madre de gracia y de misericordia, defiéndenos del enemigo y ampáranos ahora, y en la hora de nuestra muerte".

Sería conveniente, y desde luego muy pastoral, promover en serio una sana inquietud por la santidad en todos los estados, secundando con ello los deseos del Concilio Vaticano II, que, de acuerdo con la doctrina tradicional de la Iglesia, fundada en la Escritura Sagrada nos dice: "Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana, y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano, incluso en la sociedad terrena" (Const. Lumen gentium, Cap. 5, 40). Es de veras eficaz en orden a contener el ataque y desbaratar los planes de destrucción del poder de las tinieblas que lucha contra la Iglesia, fomentar la estima y el cultivo de la vida oración personal, silenciosa; la austeridad en las costumbres; la sólida piedad fundada en la Liturgia, sobre todo la participación consciente, activa, profunda, en el Santo Sacrificio de la Misa; las prácticas tradicionales de piedad eucarística y mariana, aprobadas y siempre recomendadas por la Iglesia, no menos que las obras de misericordia, tan enraizadas en el sentido cristiano de la vida. El hombre de hoy, como el de ayer y el de mañana, si ha de ser fiel a sus compromisos bautismales, deberá vivir su fe en una línea de auténtico amor sobrenatural, es decir, en vertical, que a su vez reclama, para que sea amor cristiano, la horizontalidad en su proyección a los demás. La hora actual nos pide en nuestro vivir cristiano reciedumbre, valentía, coraje varonil, empapado de fervor espiritual, y con la noble actitud de un cruzado.

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.



IRLANDA

LA TRAGEDIA SIN REMEDIO

¿Qué misterio incuba la Isla eternamente mártir? Quien esto escribe conoce — aun cuando ligeramente — Irlanda; y de su estancia en ella, años ha, regresó con la impresión, totalmente superficial, de que aquella cuestión religiosa e histórica era asunto ya cancelado. Una visita turística al Ulster — donde no todo es industria, sino asimismo paisaje apacible —, entonces aparentemente quieto, parecía confirmarlo. Sobre todo tras la pasada prueba, en los años de la II Gran Guerra, en la que Eire se mantuvo felizmente neutral y respetada.

Mas recordamos, y muy bien, que nuestro Padre Orlandis nos prevenía. “El rescoldo se reanimará — como un volcán latente — un día u otro”, nos señalaba. No en vano — función que hemos de agradecer a nuestro inolvidable cristiano mecenas, Pedro Sáenz Díez, gran proveedor — había enriquecido nuestra Biblioteca de Schola Cordis Iesu con una bibliografía, muy interesante, sobre la historia, y en particular, sobre la Partición de la gran Isla.

Otra predicción, de nuestro Padre y fundador, que se ha cumulado inexorablemente, y cuando, repetimos, todas las apariencias eran optimistas. Hasta llegaba a parecer todo lógico. Si en el Norte existen Condados protestantes (?) y afectos a la Corona inglesa (?) en buena hora formen parte del “United Kingdom of Great Britain and North Ireland”; si el resto es católico y nacionalista, bienvenida la creación del Estado, ya bien arraigado, del Eire.

Y, repitámoslo, una visita turística, somera, parecía dar razón a este optimismo. En el Belfast “protestante” asistimos, era el día de Corpus, a una lucida y pública procesión católica a quien nadie inquietaba. En cambio, con gran admiración nuestra, vimos venerables antiguas iglesias, en Dublín y en Kiglarney, aun reservadas al culto protestante. Los periódicos del Eire se limitaban — parecía que tan sólo para quedar bien — a la publicación de una columna en lengua vernácula. El resto — y parecía lógico comercialmente — en inglés. Británica era, asimismo, de hecho la moneda. Y tantas otras cosas. Todo parecía haber abocado a un “statu quo” pacífico, en donde el Eire parecía respetado y feliz, gozando por un lado de

todas las ventajas de la independencia, y por el otro de las de una conexión con la aún rica y naturalmente más importante Gran Bretaña.

Todo parecía...

Cuando, de repente, ha estallado, de nuevo, la trágica guerra actual, cuya mayor gravedad estriba, precisamente, en que, a los ojos del mundo, de la sociedad de consumo de hoy — diríamos — no tiene razón de ser, ni explicación.

No hemos de descender a los detalles, tristísimos, de la lucha cruel, a menudo sin cuartel, que nos recuerda la de los siglos XVI y XVII; ¡si en España ocurriese, lo que nos dirían! ¡Cómo reviviría Torquemada! Mas no nos detengamos aquí, y vamos ya al fondo de las cosas. Si tan sólo nos fijamos en la lucha actual, deberíamos acabar como el que se halla ante una reyerta de niños: ¿cómo juzgar? ¿Quién comenzó primero?

Es al fondo de la cuestión donde debemos acudir. Lo que ocurre no es la causa. Es la consecuencia.

Aun cuando la actuación de las tropas inglesas en el Ulster pueda ser reprobable, no es ella la que ha originado ni carga con la responsabilidad del actual derramamiento de sangre.

No son responsables las tropas inglesas — en este momento nada más que un instrumento —. Lo es Inglaterra. En su orgullo. En su historia. Los son cuatro siglos de la misma, que vuelven a aflorar fatalmente. Trágico, irónico, funesto destino. Cuatrocientos años de siembra de odios, que no remiten en la aparente paz de treinta. Como el volcán latente.

¡Se habló tanto ya de Irlanda en su día!

Todo el siglo XIX fue el de la heroica lucha hacia la emancipación. Desde O'Connell (1). La I Guerra Mundial estalló cuando el “Home Rule”. La vieja Erin siguió teniendo sus mártires: Roger Casement y los suyos en 1916 tras una lucha de epopeya. Y en 1919, contra la Inglaterra omnipotente — llegada, aun cuando “gigante de barro”, a la máxima extensión territorial de su Imperio, superior aun al de la era victoriana, tras la victoria de 1918 —, un puñado de valientes constituye el primer Gobierno clandestino con De Valera, y Collins es el paladín de los Sinn Fein en la

guerra de guerrillas. David contra Goliat, el gigante sólo acaba cediendo, naturalmente a la fuerza. Pero entonces comienza, en realidad, la perfidia.

EL JUICIO DE SALOMÓN

El orgullo inglés regatea. No porque le haga falta un tan menguado territorio a una Corona que oprime más de 400 millones de indígenas en todo el Orbe, sino por soberbia. Y reproduce el juicio de Salomón. El pueblo inglés, que se jacta de cantar todos los domingos la Biblia — bien que, como dice Santayana, sin haberse preguntado jamás si cree o no en ella —, no se da cuenta de que asume el papel de la falsa madre.

Aquí el hijo no es salvado, y restaurado a la verdadera. El hijo es partido en dos.

Mediocre solución ésta de la que se enorgullecen los Lloyd George, los Bonar Law, todos estos ilustres políticos británicos siempre dispuestos a toda injusticia y a todo pecado si es para la mayor gloria de su Patria y de su Rey, en este caso el tan mediocre Jorge V, pero el más británico de toda la historia.

En 1920 se admite el "Ireland Act", seguido en 1921 por el Tratado con la Gran Bretaña y la proclamación en 6-12-1922 del Estado Libre de Irlanda. Pero solución, como hemos dicho, inglesa, aun cuando mediocre. Irlanda queda partida, e Inglaterra dueña, por lo menos, ya que no puede con más, de un nuevo Gibraltar. Esta vez, este nuevo Gibraltar, es el Ulster, el Norte de Irlanda, declarado, por la fuerza, protestante oficial, y anglófilo.

Es inútil que una nueva guerra civil, en 1922 y 1923, sea la repetida expresión de un pueblo que no se resigna. Por el momento, la fuerza en parte, persiste. Irlanda, sin embargo, ha conseguido, en lo esencial, su independencia. Es David quien ha vencido, en el fondo, a Goliat, pero éste busca, como hemos dicho, su consuelo en el estigma.

Con lealtad digna de mejor causa, el nuevo Eire — presidido por los viejos héroes, los Griffith, los Cosgrave, maduros en las barricadas, y, notablemente, en dos grandes épocas, por el mayor de todos, De Valera —, se ha resignado, sangrando vergüenza, a la humillación, y emprende dignamente, su nuevo destino. No ha pedido más que rehacer una vida, una historia, tantos siglos oprimida bajo el látigo de los "constables" británicos. Pero esta misma dignidad hace que, en la II Contienda mundial, 1939-45, permanezca neutral. El irlandés, esta vez, no ha de servir de carne de cañón, como los "anzacs" de Nueva Zelanda o los senegaleses. Y esto la Inglaterra de Churchill — no

tuvo éste reparo en manifestarlo en un imprudente discurso — no se lo ha perdonado aún.

¿Qué ha ocurrido después? ¿Qué ocurre, ahora, pasados tantos lustros?

Sencillamente: ya lo hemos dicho. Es un imponderable. No busquéis otras causas. El volcán aflora. Sólo dormía. El volcán de la injusticia. El niño mutilado de Salomón que, por la fuerza de la sangre, reclama la verdadera madre. A veces, sin darse cuenta, entre espasmos absurdos y aun contradictorios.

Fijémonos bien en un hecho.

El gigante de pies de barro, el Imperio heredado de la Reina Victoria, el de mayor extensión de todos los tiempos, se ha desmenuzado. España, para perderlo, necesitó cuatro siglos de decadencia; a Inglaterra le han bastado veinticinco años. Hoy, es solamente por ironía, que puede alineársela como uno de los "cuatro grandes". Grande, ¿de qué?

Pero este ex-gigante parece resignado. Perdió la India, consolándose ante lo onerosa que resultaba, sin duda ninguna, la de tan poblado como mísero país. Que los grandes dominios sean, de hecho, independientes, no es más que signo de los tiempos. Y su dominación sobre tan innumerables países que ahora despiertan y forman lo que llamamos el Tercer mundo — lleno de problemas, pero también de esperanzas al desaparecer de ellos la explotación inglesa —, se ha ido efectuando tras afectadas fórmulas de elegancia.

LOS DOS GIBRALTARES

Fijémonos bien. Parece resignado. Y lo está, a la fuerza. Pero, en su inmenso, viejo satánico orgullo, hay dos cosas que no cederá nunca, si no la obligan. Sus dos Gibraltares.

El primer Gibraltar es el Ulster. Es el pie en la Verde y católica Erin. La que durante tantos siglos cometió el gran pecado de sentirse papista; de amar más a Dios y a su Iglesia que a la Corona anticristiana de los Windsor y de toda la cadena de monarcas descendientes de la herética Isabel I, grande en el mal. El Ulster no lo cederá nunca. Allí humilla, aun — consolándose de la pérdida del Imperio — a todos los "papistas". Por esto, cuando se llega a Belfast, lo primero que ve el viajero, tras la ventanilla del tren, es el cuartel histórico de los "leales" a la Corona.

El segundo Gibraltar... es Gibraltar. Ha perdido Malta, Suez, Singapur, tantas puertas de estrategia y trascendencia mundial. Pero Gibraltar no lo soltará nunca, aun cuando no lo necesite ya para sus rutas Imperiales por la sencilla razón de no poseer ya Imperio. Es a su vez el símbolo de la humillación de Es-

Para honrar, amar, reverenciar y aprovecharse de la Sagrada Eucaristía

La Eucaristía es el sacrificio y sacramento del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, real y personalmente en la Hostia consagrada, para alimento de la vida cristiana.

Toda adoración y reverencia en lo exterior y toda pureza en el interior, nos han de parecer poco para recibir y tratar dignamente a Jesucristo Sacramentado.

Recordemos las normas vigentes que todo católico ha de conocer y tener en gran estima:

I. — NO SE PUEDE COMULGAR EN PECADO GRAVE. La confesión es de institución divina, por Cristo, realizada el mismo día de su resurrección, y después de identificarse plenamente como resucitado (Jn. 20, 23). No basta rezar el *Señor mío Jesucristo* con propósito de confesarse, y así poder comulgar. Es cierto que el acto de contrición perfecta devuelve la Gracia Santificante, pero para comulgar o recibir los sacramentos de la Confirmación, del Orden Sagrado y del Matrimonio, si hay pecados graves no confesados, antes se deben confesar. Quien no lo hace así y comulga “come y bebe su propia condenación”, como dice San Pablo (I Cor. 11, 29). Porque tal comunión sería sacrílega. El pecado grave no lo perdona tampoco el Rito penitencial del comienzo de la Misa, en el que el sacerdote no actúa como ministro del Sacramento de la Penitencia, sino que él y los fieles renuevan, contritos y humillados, el arrepentimiento de los pecados ya confesados.

II. — COMUNIÓN EN LA MANO. El nuevo Misal no ha cambiado la norma general y tradicional, desde el siglo XII, de dar el sacerdote la sagrada comunión en la boca. Al efecto, prescribe el uso de la patena, en la distribución de la comunión, ordenando que debe colocarse debajo de la barbilla, para evitar que pueda caer en el suelo el Cuerpo del Señor. Confirma esta norma tradicional y actual, lo que la Santa Sede ha prescrito cuando se comulga con la especie de vino: “No se aprueba que una persona pase el cáliz a otra o que los comulgantes se acerquen directamente al cáliz, para comulgar con la Preciosísima Sangre. En estos casos prefíerese la comunión por intinción”, o sea mojando la Sagrada Hostia con la Sangre del Señor. (3.ª Instruc. de la S. C. para el Culto divino, 5 septiembre 1970, N. 5 c). No está autorizado recibir al

Señor con la mano sino en algún que otro país con permiso expreso de Roma y bajo determinadas normas. En España no existe tal permiso. Los fieles deberían negarse a recibirla en esta forma, pues al aceptarla desobedecen a la Iglesia. Se conocen, además, horribles profanaciones por haber entregado la Hostia Santa de esta forma, las cuales a todo cristiano le deben alertar y seguir por tanto las normas que aseguran más y más la reverencia debida a la Sagrada Eucaristía.

III. — DEBEMOS ARRODILLARNOS EN LA CONSAGRACIÓN. Las posturas de los fieles en la Misa, no se pueden inventar. Son culto público que sólo la Iglesia tiene autoridad para regular. El nuevo Misal, lo mismo que el Directorio Nacional de la Misa, dicen textualmente que los fieles se deben arrodillar durante la Consagración, a no ser, como es de sentido común, que uno esté imposibilitado de hacerlo porque la muchedumbre reunida haga irrealizable esta postura.

IV. — ¿CUÁNTAS VECES SE PUEDE COMULGAR? Se puede comulgar una sola vez cada día. No se puede comulgar hasta hoy en cada Misa que se asista. Únicamente se puede comulgar en la Misa de Nochebuena y también en el día de Navidad, porque son misas distintas, así como en la Misa de Vigilia Pascual, el día de Pascua de Resurrección, y el Jueves Santo en la Misa crismal y por la tarde, por la misma razón. Cuando, con motivo justificado, se asiste a la Misa vespertina de los sábados o de la víspera de las fiestas de precepto, válidas para su cumplimiento, se puede comulgar también, aunque se hubiese comulgado el sábado por la mañana o el mismo día de la Misa vigiliar.

V. — MODO DE COMULGAR. Está preceptuado por la Conferencia Episcopal que, como norma general, hay que comulgar de rodillas y en la lengua. En los países donde estuviere autorizada la comunión de pie, a lo menos antes de comulgar hacer un acto de adoración al Santísimo Sacramento, como es la genuflexión con la rodilla derecha hasta el suelo.

VI. — MUJERES EN EL PRESBITERIO. Legalmente las mujeres no pueden servir al altar. Si leen moniciones, dirigen cantos, proclaman las lecturas

— menos el Evangelio —, etc., la Conferencia Episcopal puede determinar el lugar desde donde hacerlo, pero no desde el presbiterio. El ambón, si no es que esté separado del presbiterio, forma parte del mismo, en el cual no pueden estar, durante los oficios sagrados, ni siquiera los sacerdotes que no vistan ornamentos litúrgicos.

VII. — MODESTIA. El Señor no mira si nuestros vestidos son ricos o pobres. Pero sí que es norma elemental de pudor cristiano no presentarse con escotes, sin mangas, y con vestidos en que el mínimo sentido cristiano de dignidad propia los hace rechazar a toda mujer cristiana de verdad, como son las minifaldas y el indecoroso “short”, tan escandalosos.

VII. — ACCIÓN DE GRACIAS. Después de comulgar hay que dar gracias de la Sagrada Comunión. Unos minutos de atención y de súplicas íntimas con el Señor, es lo que siempre nos ha enseñado la Iglesia y han practicado los santos y almas piadosas. Muchas comuniones no dan fruto porque no hay trato íntimo personal con el Señor.

IX. — VELO EN LA CABEZA. Es precepto de San Pablo y está ordenado por el Derecho Canónico que la mujer cubra su cabeza con el velo dentro del templo. Dícese en el “Liber Pontificalis” que San Lino, siendo auxiliar de San Pedro — a quien sucedió —, en Roma, de orden del primer Papa dispuso que las mujeres cristianas entraran en las iglesias con la cabeza

cubierta. Estos preceptos no han sido derogados. Las mujeres que, sin complejos de inferioridad, lo hacen así, practican algo muy agradable al Señor, ya que también viven la Palabra de Dios y practican una norma de elegancia espiritual.

X. — VISITAS AL SANTÍSIMO. El Señor está en el Sagrario y nos espera allí. Visitarle, adorarle y pedirle gracias ante el Sagrario es algo muy de su querer. Y por otra parte, podemos repetir con San Pedro: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6, 68). Recomendamos, pues, la visita al Santísimo, las Horas Santas, la Adoración nocturna y diurna, las Jornadas Eucarísticas (“40 Horas”), etc. Dice Paulo VI en su encíclica “Mysterium Fidei”: “Todos saben que la divina Eucaristía confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad. Ya no sólo mientras se ofrece el sacrificio y se realiza el sacramento, sino después, mientras la Eucaristía es conservada en las iglesias y oratorios. Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir: “Dios con nosotros”. Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad (Jn. 1, 14), ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a Él, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y a buscar no las cosas propias, sino las de Dios.”

TRATEMOS A LA SAGRADA EUCARISTÍA COMO LO HIZO Y LO HARÍA AHORA, AQUÍ EN LA TIERRA, NUESTRA MADRE LA SANTÍSIMA VIRGEN. SU AMOR PERFECTO Y SU DELICADEZA PURÍSIMA NOS ENSEÑAN A VIVIR Y A APROVECHARNOS DEL MISTERIO DEL AMOR, QUE ES EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR, QUE POR SIEMPRE SEA ALABADO.

(viene de la página 291)

pañá, de la gran potencia católica que le envió la gran Armada, y que, aun y destrozada ésta, durante siglos la contuvo en su capitanía protestante.

Sonará, quizá, para no pocos a cosa trasnochada el contenido de estas líneas.

Porque Inglaterra, aún, para muchos, es el país elegante por antonomasia. A nadie se le ocurre en cambio, pensar si Inglaterra no es la gran responsable de la tragedia del Ulster.

Estas líneas, para muchos, efectivamente serán trasnochadas.

... Pero también eran trasnochadas las encendidas oraciones que — y no escasas veces en Barcelona —

aquel gran tribuno y “verbo de la raza” Vázquez de Mella, pronunciara en los años cruciales de la I Gran Guerra Mundial, y que denunciaban el peligro que atravesó nuestra Patria de verse vergonzosamente arrastrada — como aconteció con Italia, como sucedió con Portugal — a mandar a su juventud a engrosar las filas de los senegaleses en las tropas aliadas. Vázquez de Mella denunció los Gibraltares... y a estos Gibraltares, el Ulster el primero, es al que no ha renunciado, ni renunciará nunca, Inglaterra. La soberbia es el básico de los pecados capitales; fuente de los demás, no tiene, en sí, remedio.

UN DISCÍPULO

UN DOCTOR DE LA IGLESIA PARA NUESTRO TIEMPO

Cunde con creciente unanimidad la petición de que sea declarada Doctor de la Iglesia Santa Teresa del Niño Jesús. Y nadie opine que fuera baldía tal declaración, si oportunamente llega. Muy al contrario, se presenta como una luz y una guía, en esta hora conflictiva, en la vida de la Iglesia y en el mundo.

Porque nuestro siglo, heredero del siglo XIX, todavía no ha aprendido la lección. En el siglo XIX se padeció el engrandecimiento del dinero cotizado como valor supremo, de la razón humana divorciada de la Revelación, de la economía como expresión materialista y como dialéctica de enfrentamientos trágicos. Y en la misma Iglesia se levantaron líderes con visiones parciales de las soluciones evangélicas. Ozanam con su democracia cristiana, Toniolo con su sociología. Donoso Cortés con su elocuencia apocalíptica o nuestro Balmes con sus previsiones políticas, son parches que no curan ni señalan el diagnóstico de la enfermedad que padece el mundo con toda su profundidad. Por esto las mismas causas de beatificación de algunos de estos beneméritos hombres de Iglesia no han podido prosperar.

En cambio la iglesia ha canonizado a una ignorada monja carmelita descalza. Y a un cura rural como Juan Vianney. Y a un prelado eucarístico, misionero y mariano como Antonio María Claret. Y a una joven enferma y vidente como Bernardeta de Lourdes. Mientras los grandes personajes del catolicismo social, de la democracia cristiana, de los movimientos católicos, de los partidos católicos, reconociéndoles sus méritos, no suben a los altares. Y es que la sola sociología, la sola política, la sola elocuencia, la sola organización, por más católicas que se apelliden, no han paralizado la creciente anemia religiosa en la vida social.

Quizás la explicación radica aquí: el Evangelio necesita la simplicidad del niño para aceptarlo y vivirlo enteramente. Y esto es lo que Santa Teresa del Niño Jesús vino a aportarnos. Pío XII lo reflejó maravillosamente: "Cuando los pueblos y las clases sociales se dasaffian o se enfrentan por la preponderancia económica o política, Teresa del Niño Jesús aparece con las manos vacías: fortuna, honor, influencia, eficacia temporal, nada le atrae, nada la retiene, sino sólo Dios y su Reino. Pero en desquite, el Señor la introduce en su casa, le confía sus secretos. El le ha revelado todas estas cosas que encubre a los sabios y poderosos. Y ahora después de haberlo vivido silenciosa y oculta, he aquí que habla, he aquí que se dirige a toda la humanidad, a los ricos y a los pobres, a los grandes y a los humildes. Y decide con Cristo: "Entrad por la puerta estrecha..." La puerta, estrecha en verdad, pero accesible a todos, es la de la humildad. Teresa del Niño

Jesús, por ella entró en el paraíso, se mantiene en el umbral, los brazos cargados de rosas y muestra su caminito de infancia. ES EL EVANGELIO MISMO, EL CORAZÓN DEL EVANGELIO MISMO, LO QUE HA VUELTO A HALLAR". Y Pío XI había subrayado: "Bebió — Santa Teresa del Niño Jesús — la pura doctrina de la fe en las lecciones del catecismo, la ascética en el libro de la "Imitación de Cristo", y la mística en las obras de San Juan de la Cruz, nutriendo a la par su espíritu y su corazón con la meditación asidua de las Santas Escrituras".

Y esta formación recia e incontrovertible convierte a Santa Teresa del Niño Jesús en maestra impar, como confluencia integradora y superadora de las falsas tensiones que las miopías molinistas, de las que sufre y está dañada gran parte de la vida teológica y católica de los últimos siglos, y de la que personajes de todo nivel no acaban de ver su malignidad causal y trágica. Teresa de Lisieux abarca lo interior y lo exterior, la doctrina y la acción, el combate y la misericordia, la contemplación y el dinamismo. Toda la vorágine de los estúpidos conflictos entre lo sobrenatural y lo social, lo eterno y lo temporal, se entienden con perfecta comprensión en la vida y en los escritos de la gran maestra de nuestro tiempo. El P. Orlandis — uno de los más intuitivos y completos teólogos de la Compañía de Jesús en nuestros tiempos —, pudo escribir: "Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda... Por lo dicho... encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en Santa Teresita y en sus escritos y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra... no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el P. Ramière, que el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y que su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de mal que nos amenace ahora. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón, íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc.; y otros puntos puestos en clave en los escritos del P. Ramière y según nuestros conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada razón y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción".

Chesterton afirmó genialmente: "Si un hombre expresa lo que quiere decir místicamente, es porque no puede perder el tiempo en expresarlo racionalmente". Que es lo mismo que, más explícitamente aplicado a la Santa de Lisieux, dijo el cardenal Pacelli, después Pío XII: "El genio deslumbrador de Agustín, la sabiduría luminosa de Tomás de Aquino, han proyectado sobre las almas una imperecedera claridad: por ellos, Cristo y su doctrina son mejor conocidos. El poema divino vivido por Francisco de Asís ha mostrado al mundo una imitación, hasta ahora inigualada, de la vida de Dios hecho hombre: por él legiones de hombres y mujeres han aprendido a amarle más perfectamente. Más una joven carmelita, apenas llegada a la edad adulta, ha conquistado en menos de medio si-

glo innumerables legiones de discípulos. Los doctores de la ley se han hecho niños en su escuela; el Pastor supremo la ha exaltado, y la invoca con humilde y asidua plegaria; y en este mismo momento, de un extremo al otro del mundo, hay millones de almas cuya vida interior ha recibido la influencia bienhechora de este librito titulado: "Historia de un alma".

Por esto nos unimos al clamor levantado y urgente para que Santa Teresita públicamente reciba el reconocimiento de Doctor de la Iglesia. Frente a los falsos doctores y a los maestros mentirosos, ella, con su mensaje y su vida puede ser solución clarificadora de los maniqueísmos, molinismos, rousseaunismos y marxismos con que hoy, a derecha y a izquierda, se quiere sofisticar el Evangelio de Cristo.

VÍCTOR LAHOZ

YO SOY EL CAMINO

El nacimiento y la muerte son los dos extremos de la vida del hombre, que con razón es comparada con un camino.

Pero el hombre no acaba con la muerte. En la meta de este camino le espera Dios. Su encuentro con él, fijará su destino eterno.

El autor de los Proverbios exhorta a sus lectores a que se dejen guiar por la Sabiduría divina, que les mostrará una senda recta (4, 4). Es como la aurora, cuya luz va progresivamente en aumento, hasta llegar al pleno día (v. 18). Por el contrario el camino que emprenden los hombres perversos es tenebroso y oscuro, de modo que no ven dónde tropiezan, ni divisan el término donde van a parar (v. 19). Por eso el autor sagrado inculca estas sabias advertencias: *Dirige siempre hacia adelante tu mirada, fijate bien dónde pones el pie y que tu camino sea siempre derecho. No te desvíes ni a la derecha, ni a la izquierda, y aparta del mal todos tus pasos* (vv. 26-29).

Es lo que los salmistas piden con insistencia a Dios: *Muéstrame, Señor, tus caminos, y enséñame tus sendas* (24, 4). Este camino era para los israelitas la voluntad de Dios, manifestada en su santa ley. Todo el salmo 118, es un himno a la ley divina, descrita como camino de vida y fuente de la verdadera sabiduría y felicidad. El autor de los Proverbios la considera también como antorcha y luz, que ilumina el camino de la vida del hombre (6, 24).

La Sabiduría encarnada, Cristo Jesús, se nos presenta en numerosos pasajes del Nuevo Testamento, como luz que ilumina a los que yacen en las tinieblas

y sombra de la muerte y que dirige nuestros pasos por el camino de la paz (Lc I, 79). Como luz y vida de los hombres nos le presenta S. Juan (I, 4), y el mismo Jesús, hablando de sí mismo, dijo a las turbas: *Caminad mientras tenéis la luz, y que no os sorprenda la oscuridad: el que camina en la oscuridad, no sabe adónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz* (Jn 12, 35. 36). Camino y luz son inseparables, ya que sin ésta todo es oscuridad y tinieblas, que impiden ver el camino recto.

Los salmistas y profetas predijeron esta luz y este camino, pero ninguno de ellos se propuso a sí mismo como antorcha y senda para llegar a Dios. Esto lo hizo únicamente Jesucristo cuando dijo: *Yo soy el camino*. Seguir este camino iluminados por esta luz, es el medio de enderezar nuestra vida hacia Dios. Lo ha dicho el mismo Cristo: *El que me sigue, no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8, 12). Seguir a Cristo es creer en él, hacerse su discípulo, aceptar su mensaje y acomodar toda la vida a su doctrina. *Si alguno quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y venga en mi compañía* (Mt 16, 24).

Pero, además, Cristo es el único camino para llegar a Dios. *Nadie llega al Padre, sino por mí* (Jn 14, 6). Entre Dios y los hombres sólo existe un único mediador, como enseña S. Pablo: *No hay sino un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre y Dios* (1 Ti 2, 5). Cristo es nuestro camino con su doctrina, con su ejemplo, con su gracia, con sus méritos, con los que nos abre las puertas

del cielo. Por eso el Apóstol, escribiendo a los colosenses, les decía: *Ya que recibisteis a Cristo Jesús, el Señor, caminad en Él* (2, 6). Es decir, sea Él vuestro camino imitando su misma vida; más aún, *arraigados, añade, y edificados sobre Él, fortalecidos por la fe*

(v. 7). El cimiento de la vida religiosa del cristiano, es Cristo, a quien hemos de vivir unidos con una fe inquebrantable, siguiendo sus pisadas, que nos han de conducir a través del corto espacio de esta vida, a nuestra meta definitiva, Dios.

YO SOY LA VERDAD

Verdad en el lenguaje de la Biblia tiene por lo general un sentido más religioso que filosófico. Dice relación a la Sabiduría divina, a la palabra de Dios, a la ley, o a la revelación. *Tus palabras son verdad*, dijo David, hablando con Dios (2 Sam 7, 28), y los Salmos celebran a cada paso la verdad de la ley divina. Caminar en la verdad, es conocer y practicar la ley. *Tengo ante mis ojos tu benevolencia, y camino en tu verdad*, es decir, en los Mandamientos (Sal 26, 3).

La verdad es un bien inestimable, según los Proverbios: *Compra verdad y no la vendas* (23, 23). En ella encontrarás *sabiduría, instrucción e inteligencia*. Por ser un bien tan grande y tener su origen en Dios, el hombre debe pedir en su oración caminar por el camino de la verdad. *En tus empresas ora al Altísimo, para que te dirija por la senda de la verdad* (Ecl 37, 19).

En el Nuevo Testamento, la verdad se nos presenta como la plenitud de la revelación divina, centrada en Jesucristo. La verdad de la antigua ley fue figura y preparación para la de la nueva. S. Pablo la reemplaza por la del Evangelio. Escribiendo a los colosenses, les dice: *De la esperanza, que os está reservada en los cielos, tenéis noticias por medio de la palabra de la verdad del Evangelio* (1, 5). Y a los efectos les dice que *han oído la palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salvación* (1, 13). Verdad, Evangelio, Salvación, son tres conceptos estrechamente unidos en la teología de S. Pablo.

La verdad evangélica, como bien sobrenatural, es un misterio, objeto de la revelación, hecha por medio de Cristo. S. Pablo llama al Evangelio que predica, *revelación de un misterio* (Ro 16, 25), y escribiendo a los colosenses, les pide que perseveren orando, para que Dios abra las puertas a la predicación para anunciar el misterio de Cristo (4, 3).

La verdad, que predicó Cristo y esparcieron los Apóstoles por el mundo con su predicación y sus escritos, forma el cimiento firme de la moral y vida religiosa del cristiano. S. Pablo pide a su discípulo Timoteo en la segunda carta que le escribe, que en atención a los fieles que gobierna, exponga la doctrina auténtica del Evangelio, sin quitarla nada de lo esencial y sin mezclarla con cuestiones ajenas, inútiles

para la salud de las almas. Consejo que debieran tener presente algunos predicadores de nuestros días.

Quien ha profundizado más en el concepto de la verdad evangélica, es S. Juan en su Evangelio y en sus cartas. Insiste especialmente en su carácter divino, ya que procede del Padre. *Tu palabra es verdad*, dijo Cristo a su Padre en el discurso de la última cena (17, 17). Y esa palabra es la que Cristo predica. *Os he revelado la verdad, que oí de Dios* (Jn 8, 40). A Pilato, que le preguntó si era efectivamente rey, le contestó: *Yo he nacido para esto y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad* (Jn 18, 17).

Efectivamente *el Verbo se hizo carne y apareció entre nosotros, lleno de gracia y de verdad* (Jn 1, 14). Esta plenitud indica que es para nosotros la fuente de la verdad, en la que todos hemos de beber, si queremos alcanzar la salud. Más aún, el mismo Cristo afirma: *Yo soy la verdad*. No sólo porque es la Palabra del Padre, sino porque hecho hombre por nosotros, nos revela al Padre y con el ejemplo de su vida y sus enseñanzas nos conduce a Él. La aceptación de esta verdad, es decir, del mismo Cristo y de su doctrina, supone nuestra fe. *Dios os ha escogido para la salvación por la fe en la verdad* (2 Tes 2, 13).

El cristiano ha de proceder siempre guiado por esta verdad. De esta suerte transformará su vida en la de Cristo, convirtiéndose en luz para sus semejantes, que verán sus buenas obras y glorificarán al Padre que está en los cielos, como dijo el mismo Cristo (Mt 5, 16).

Ha de ser además, según S. Juan (3 Jn 8), colaborador activo en la propagación de la verdad, no sólo con el ejemplo de su vida y con su oración, sino también con sus actividades apostólicas. El Concilio Vaticano II, en el Decreto sobre el Apostolado de los Seglares, núm. 27, recomienda esta colaboración, "la cual, dice, debe realizarse por los individuos y por las comunidades de la Iglesia, tanto en las actividades personales, como por medio de las asociaciones, en el campo nacional y en el internacional".

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S.I.
Universidad Pont., Comillas